



El impacto del totalitarismo en el siglo XX.

Brum, Pablo

Universidad ORT Uruguay

Febrero de 2011

Abstract

El totalitarismo es un término relevante para la política y la historia internacionales. Dondequiera que haya aparecido ha sido motivo de grandes fluctuaciones políticas y sociales. Estos regímenes destacan por tener un núcleo acotado que tiene la totalidad del poder político, y a su vez éste se extiende a la totalidad de las esferas de la vida humana. Ningún los supera en su eliminación de las libertades individuales. De hecho, en una sociedad totalitaria, nadie puede ejercer libremente esas libertades, ni siquiera los miembros más poderosos del partido. Puesto que el totalitarismo niega los derechos y libertades humanas más básicos de sus propios ciudadanos, no es lógico que se auto imponga restricciones en hacerlo con lo de otros países. Los gobiernos totalitarios recurren frecuentemente a la guerra. Los sistemas totalitarios más importantes de la historia son el comunismo soviético y el nacionalsocialismo alemán. El primero fue el original, el más longevo y el más reproducido a escala mundial. El segundo alcanzó niveles de violencia prácticamente inigualados en la historia. Además de esos dos, han existido muchos otros regímenes cuya inclusión en la categoría totalitaria puede argumentarse razonablemente. Algunos, como el régimen de Mao Zedong en China o el de Benito Mussolini en Italia, resultarán más lógicos. Otros, como los recientes del mundo islámico, resultan más complejos. La cuestión del totalitarismo es relevante porque es inseparable de los peores momentos del período correspondiente al siglo XX. La sugerencia de este trabajo es que virtualmente en todos los casos se trata de contribuciones a acontecimientos negativos, y resistencia o indiferencia a los positivos. Esto no responde a una preferencia nominativa, sino a dos hechos fundamentales: la naturaleza misma de los sistemas totalitarios y la evidencia disponible respecto a su desempeño.

Palabras claves: Totalitarismo, Comunismo, Nacionalsocialismo

Abstract

El totalitarismo es un término relevante para la política y la historia internacionales. Dondequiera que haya aparecido ha sido motivo de grandes fluctuaciones políticas y sociales.

Estos regímenes destacan por tener un núcleo acotado que tiene la totalidad del poder político, y a su vez éste se extiende a la totalidad de las esferas de la vida humana. Ningún los supera en su eliminación de las libertades individuales. De hecho, en una sociedad totalitaria, nadie puede ejercer libremente esas libertades, ni siquiera los miembros más poderosos del partido.

Puesto que el totalitarismo niega los derechos y libertades humanas más básicos de sus propios ciudadanos, no es lógico que se auto imponga restricciones en hacerlo con lo de otros países. Los gobiernos totalitarios recurren frecuentemente a la guerra.

Los sistemas totalitarios más importantes de la historia son el comunismo soviético y el nacionalsocialismo alemán. El primero fue el original, el más longevo y el más reproducido a escala mundial. El segundo alcanzó niveles de violencia prácticamente inigualados en la historia.

Además de esos dos, han existido muchos otros regímenes cuya inclusión en la categoría totalitaria puede argumentarse razonablemente. Algunos, como el régimen de Mao Zedong en China o el de Benito Mussolini en Italia, resultarán más lógicos. Otros, como los recientes del mundo islámico, resultan más complejos.

La cuestión del totalitarismo es relevante porque es inseparable de los peores momentos del período correspondiente al siglo XX. La sugerencia de este trabajo es que virtualmente en todos los casos se trata de contribuciones a acontecimientos negativos, y resistencia o indiferencia a los positivos. Esto no responde a una preferencia nominativa, sino a dos hechos fundamentales: la naturaleza misma de los sistemas totalitarios y la evidencia disponible respecto a su desempeño.

Palabras claves: Totalitarismo, Comunismo, Nacionalsocialismo

El totalitarismo en el siglo XX

Por Pablo Brum

El totalitarismo es un término relevante para la política y la historia internacionales. Dondequiera que haya aparecido ha sido motivo de grandes fluctuaciones políticas y sociales, tanto a nivel doméstico e internacional.

Esto se debe principalmente a dos razones. La primera es que, por su naturaleza, el totalitarismo revoluciona todos los aspectos de una sociedad: su sistema de gobierno, su legislación económica y hasta las normas culturales y familiares más básicas. La segunda es que en algunas ocasiones el totalitarismo ha aparecido en países muy poderosos, lo cual ha obligado a otros a tratarlo como un tema inevitable.

El presente documento procura contribuir a la Licenciatura en Estudios Internacionales de la Universidad ORT Uruguay con un texto introductorio al totalitarismo. El objetivo es trazar una definición de esa categoría política y su trayectoria en el siglo XX. Más específicamente, se buscará respuesta a la interrogante referente a cuál fue su impacto en las distintas sociedades donde existió.

Definición: De qué se habla cuando se habla de totalitarismo

Según el escritor británico-estadounidense Christopher Hitchens, el término “totalitarismo” tiene su origen en debates dentro del comunismo organizado. Durante la década de 1920, a poco tiempo de haber tomado Iosiv Vissarionovich Dzugashvilli –Stalin- el poder en la Unión Soviética, el agente de la KomIntern¹ Viktor Lvovich Kibalchich –más conocido como Viktor Serge- acuñó el término. Lo utilizó para referirse de forma peyorativa al estilo de gobierno del nuevo dictador soviético – y naturalmente fue purgado poco tiempo después.

Para el historiador de Oxford Robert Service, el término fue acuñado por Benito Mussolini –otro leninista renegado-², en la misma época. Sin embargo, como explica Hitchens “It was popularized by the secular Jewish intellectual Hannah Arendt, who had fled the hell of the Third Reich and who wrote ‘The Origins of Totalitarianism’ ”. Hitchens acota que totalitarismo “is a useful term, because it separates ‘ordinary’ forms of despotism –those which merely exact obedience from their subjects- from the absolutist systems which

¹ La Internacional Comunista, el órgano del estado soviético encargado de impulsar la revolución a otros países, en particular antes de la Segunda Guerra Mundial.

² SERVICE, Robert. 2008. Comrades. London. Pan Publishing, p. 158

demand that citizens become wholly subjects and surrender their private lives and personalities entirely to the state, or to the supreme leader”.³

La explicación de Hitchens sirve para comenzar a trazar una definición más completa del término. Tal como lo sugiere su nombre, este tipo de régimen –que no es un gobierno en sí, sino una categoría- se caracteriza por tener una aproximación completa a las sociedades humanas.

En otras palabras, se destacan por ser sistemas en los cuales un núcleo acotado tiene la totalidad del poder político, y a su vez éste se extiende a la totalidad de las esferas de la vida humana. Esta no es una acotación menor: históricamente las sociedades han generado por sí solas divisiones dentro de los gobiernos por un lado⁴, y entre los gobiernos y otras esferas de sí mismas por el otro. Los totalitarismos son gobiernos con la capacidad y la intención de suprimir esas barreras de forma permanente. Service lo expresa de la siguiente manera: “Even the most ambitious dictatorships of the past had shied away from trampling down many traditions and eradicating groups and organisations. Political movements were formed after the nineteenth century to turn their societies upside down and reconstruct them in their own image, and these movements (...) destroyed, wherever possible, every vestige of autonomous association. They had a totalising perspective. Nothing was to be regarded as unpolitical”.⁵

El totalitarismo entra a la historia humana en el primer tercio del siglo XX, como observación de las prácticas de ciertos gobiernos muy específicos. Aunque es cierto que esos gobiernos a su vez tuvieron varias semillas en pensadores e ideólogos del siglo XIX, no existió ningún régimen totalitario hasta bien entrado el siglo XX.

Esto no significa que no haya habido planteos similares al totalitario previo a la era contemporánea. Ese es sin duda un tema que merece varias investigaciones aparte. Sin embargo, existen razones específicas por las cuales la acotación temporal del totalitarismo es muy clara. Quien mejor expone estas razones es Eric Blair –más conocido por su pseudónimo, George Orwell- en la obra literaria más importante sobre el totalitarismo, su novela “Nineteen Eighty-Four”:

“By comparison with that existing today, all the tyrannies of the past were half-hearted and inefficient. The ruling groups were always infected to some extent by liberal ideas, and were content to leave loose ends everywhere, to regard only the overt act, and to be uninterested in what their subjects were thinking (...) Part of the reason for this was that in the past no government had the power to keep its citizens under constant surveillance (...) [con la llegada de la tecnología] private life came to an end (...) The possibility of

³ Más adelante en el mismo libro, el autor dirá que “(...) the truly frightening despotisms were those which also wanted the contents of your heart and your head”. HITCHENS, Christopher. 2007. *God Is Not Great*. New York. Twelve Editions

⁴ Piénsese en la tradicional división del estado en poderes ejecutivo, legislativo y judicial – pero también en otras como ciertas separaciones entre el poder religioso y el gubernamental.

⁵ Ídem, p.5

enforcing not only complete obedience to the will of the State, but complete uniformity of opinion on all subjects, now existed for the first time”.⁶

Service, ya en la esfera de la no ficción, expande este último aspecto en el mismo libro citado anteriormente: “*Earlier autocracies had come nowhere near to such intensity of control over their societies. Important things changed in the twentieth century. One was the development of technology allowing rapid communication, especially telephones, the telegraph, railways and aircraft (...) the opportunity for administrative and ideological penetration had never been greater.*”⁷

Superada la aclaración temporal, es meritorio reforzar también una cuestión epistemológica. Históricamente los regímenes totalitarios que han existido han tenido tanto alianzas como enemistades mortales entre sí. Partiendo de esa premisa, se podría pensar que no tiene sentido hablar de características comunes a distintos gobiernos totalitarios⁸, pero la realidad es exactamente lo inverso. El control total de una sociedad ha obligado a sus perpetradores a recurrir casi siempre a las mismas estrategias, tácticas e incluso términos discursivos para cumplir su misión, aún si estas fueron aplicadas por regímenes que a su vez estuvieron enemistados entre sí.

Una aproximación totalitaria a la sociedad está, por definición, enemistada con el minimalismo y el individualismo del liberalismo. De hecho, los sistemas totalitarios son el rechazo más polar que se conoce a la democracia como sistema de gobierno. La democracia o poliarquía, en su versión moderna⁹, proviene del liberalismo, cuyas filiaciones son racionalistas, universalistas e iluministas. Las construcciones ideológicas que impulsan el totalitarismo, en cambio, se sostienen en planteos románticos, particularistas, nacionalistas e intuicionistas.

Esta división inicial, sumada sobre todo a la evaluación histórica que se verá más adelante, admite entonces esbozar características comunes al totalitarismo como categoría. La primera de ellas es que el poder político se encuentra en manos de autoridades que lo alcanzaron sin cumplir reglas constitucionales o democráticas de acceso al mismo.¹⁰ En

⁶ ORWELL, George. 1947. *Nineteen Eighty-four*. New York. Signet, pp. 205-6

⁷ SERVICE, op. cit., p. 5

⁸ Robert Service rescata esta polémica en las páginas 277-8 del ya referido “Comrades”. Muchos apologistas occidentales de la Unión Soviética procuraron –en muchos casos con éxito– separar a esta del término “totalitarismo” y reservarlo exclusivamente para Alemania e Italia antes de 1945. Este hecho desconocía u ocultaba las irrefutables raíces e inspiraciones leninistas de ambos regímenes, por no mencionar la infinidad de estructuras idénticas y la precedencia cronológica. En las páginas 377-8 también hay una valiosa explicación de los debates en torno a la URSS, en el mundo libre, hacia los 1960s. Se vertieron ríos de tinta afirmando alternativamente que la URSS era el sistema deseado por los pueblos soviéticos, que el mundo libre era el que estaba copiando las instituciones de previsión social del régimen comunista y que el régimen de Moscú era una fuerza benévola en el sistema internacional que no sólo no caería, sino que florecería. La historia probó el opuesto de cada uno de esos puntos.

⁹ Para una discusión etimológica sobre la adecuación más exacta de los términos democracia y poliarquía, en particular respecto al significado griego original del primero, ver OBER, Josiah. 2007. *The Original Meaning of “Democracy”: Capacity to do Things, Not Majority Rule*. Princeton/Stanford Working Papers in Classics.

¹⁰ Inevitablemente se pensará en el caso de la designación de Adolf Hitler como *Reichskanzler* en Alemania en 1933. Vale la pena notar que en primer lugar la votación de su partido fue minoritaria, y en segundo que la elección estuvo plagada de actos de violencia e intimidación, lo cual difícilmente legitime el acto.

otras palabras, son todos, sin excepciones, dictaduras. Ese no es solamente el caso, sino que suelen ser dictaduras que:

- Van a los extremos más lejanos de violencia y represión
- Más combaten a las democracias
- Más se esfuerzan en multiplicar la existencia de otras dictaduras

En otras palabras, mientras que es cierto que la palabra “dictadura”¹¹ contiene a un gran número de sistemas de gobierno, también es cierto que hay un subgrupo limitado por condiciones particulares. Esa es la segunda gran característica del totalitarismo: su escasez. La existencia de regímenes totalitarios no ha sido extensiva. Sí se ha dado dentro de países de gran tamaño e importancia, pero no es posible hablar de una epidemia de totalitarismo en términos cuantitativos.

Siguiendo con los rasgos distintivos de la categoría, es importante notar que los gobiernos totalitarios tienen un fuerte vínculo con las ideologías políticas. Una dictadura puede tener muchos orígenes: golpes de estado militares, accesos despóticos al poder tras períodos de anarquía, fraudes electorales y disputas étnicas, por citar algunos ejemplos comunes. De hecho, muchas dictaduras son accidentes, tanto en el sentido literal como el histórico. Nunca podría decirse eso de una dictadura totalitaria. Es una característica central de este tipo de gobierno que responden a un plan utópico detallado, con la presencia de varios elementos propios de movimientos ideológicos. Entre ellos se encuentran una idea centralizadora y sagrada, un líder supremo, un conjunto de textos dogmáticos, una organización de vanguardia –generalmente partidaria- y una visión milenaria o utópica del futuro a imponer.

En otras palabras, la frecuente perspectiva frente a este tema que considera que el totalitarismo es más bien una desviación o corrupción de las aspiraciones ideológicas está equivocada. Como dice Carlos Alberto Montaner en el caso de Cuba, tras enumerar las medidas que la lógica marxista-leninista imponía a un revolucionario de la época: “Fidel, en realidad, no traicionó el pensamiento radical. Todo lo que hizo fue seguir la lógica de sus razonamientos revolucionarios hasta llegar al desenlace totalitario”.¹²

El totalitarismo se destaca por su supresión muy disciplinada de las libertades y derechos humanos. Estos van desde el derecho a la vida de los “indeseables” (definidos ideológicamente) hasta las libertades de expresión, asociación, reunión, desplazamiento, apariencia personal, y más. El libre ejercicio de ellos es la principal amenaza para estos regímenes, que por lo tanto son los suprime con ferocidad.

Este hecho, aunque pueda resumirse en pocas palabras, no deja de ser trascendental. En una sociedad totalitaria, nadie puede ejercer libremente esas libertades, ni siquiera los miembros

¹¹ Originalmente un término romano –republicano, no imperial- que describía un cargo ejecutivo de poderes plenarios estrictamente temporal, con el propósito de solucionar emergencias militares de forma expeditiva.

¹² MONTANER, Carlos Alberto. 1999. Viaje al corazón de Cuba. Firmas Press, p. 95

más poderosos del partido.¹³ Siempre habrá alguien listo para denunciarlos como infieles a la Idea o al Líder, con las correspondientes consecuencias. Ni siquiera la policía secreta, la más importante de todas las instituciones del totalitarismo, está a salvo de ello. Es por eso que todos los regímenes de esta categoría crearon varias capas y paralelismos entre los servicios de seguridad: para que se espiasen y purgasen entre sí, siempre en beneficio de la pequeña cúpula suprema.¹⁴ Esto último es sin perjuicio de que en muchos casos la multiplicación de los organismos represores y la auto-eliminación de sectores del partido gobernante resultaron de intrigas aproximadas a la paranoia.

En resumen, el totalitarismo altera las reglas mismas de la vida en sociedad y lo que constituye ser un ciudadano. No se aplican más las limitaciones al poder político, ni la separación de éste en ramas ni la consecuente tolerancia social de la diversidad. En el totalitarismo no existen órganos a los cuales un ciudadano puede peticionar para ser resarcido por los actos de intolerancia del propio gobierno o de terceros.

Esta es una diferencia con el autoritarismo, que muchas veces convive con el cascarón de sistemas democráticos que lo preceden o incluso tolera espacios de libertad no políticos en su seno. Según Hannah Arendt, en la típica dictadura autoritaria existe un jefe quien está separado por varias capas jerárquicas de las bases de su gobierno y sociedad. El totalitarismo no puede permitir esto porque busca erradicar ese concepto de autoridad: “(...) la autoridad, cualquiera que sea su forma, siempre significa una restricción o una limitación de la libertad, pero nunca su abolición. La dominación totalitaria, empero, se orienta a la abolición de la libertad”. Entre el poder supremo y los dominados “no existen niveles fiables de intervención”.¹⁵

Naturalmente que este poder por el que se lucha tanto pretende ser permanente, como dijo el Ministro de Propaganda nacionalsocialista Joseph Göbbels: “Si tenemos el poder jamás renunciaremos a él, salvo que nos saquen muertos de nuestros despachos”.¹⁶

La operación del totalitarismo requiere incluso el control del pasado, con la reescritura de períodos claves de la historia para que sean funcionales a la ideología. Como dice el Partido en la gran obra de Orwell: “Who controls the past controls the future: who controls the present controls the past”.¹⁷ En otro texto suyo, “The Prevention of Literature”, Orwell dijo que “From the totalitarian point of view, history is something to be created rather than learned”.¹⁸

De esa manera, en Alemania durante el período nacionalsocialista se decretó una historia oficial de traición judía-burguesa en la Gran Guerra y un glorioso pasado medieval, mientras que en la Unión Soviética se insertó en enciclopedias la invención del automóvil en el siglo XVIII por campesinos rusos, la inexistencia de pactos secretos con Alemania e

¹³ Que a su vez está estratificado, en “Nineteen Eighty-four” por ejemplo, en *outer party* e *inner party*. Los integrantes del *outer party* son privilegiados comparados con el resto de la sociedad, pero palidecen en poder comparados con los del *inner party*.

¹⁴ Considérense las disputas entre la SS, la SA e incluso la Abwehr en Alemania, entre el NKVD/KGB y el GRU en la Unión Soviética, entre otras.

¹⁵ ARENDT, Hannah. 1951. Los orígenes del totalitarismo. Madrid. Alianza, pp. 609-10

¹⁶ Ver HITCHENS, op. cit.

¹⁷ ORWELL, op. cit., p. 34

¹⁸ Ver HITCHENS, op. cit.

incluso se borró a personas enteras de la historia del bolchevismo. Bajo Stalin se llegaron a censurar textos del propio Lenin, por la necesidad de evitar la emergencia de contradicciones en el canon comunista.

Puesto que el totalitarismo niega los derechos y libertades humanas más básicos de sus propios ciudadanos, no es lógico que se auto imponga restricciones en hacerlo con lo de otros países. Los gobiernos totalitarios recurren frecuentemente a la guerra, utilizada tanto como válvula de escape de tensiones internas como de herramienta de consecución de objetivos ideológicos predeterminados. La sencillez gráfica de la guerra encaja fácilmente con la visión separatista y romántica del mundo que impone el sistema, con categorías permanentes de héroes y villanos.

La asociación del totalitarismo con las “revoluciones” es también una característica común a casi todos los regímenes de este tipo: forma parte de una narrativa de victoria, de consecución, de venganza. De esa manera, una gran parte de los enemigos del totalitarismo, que suelen ser purgados, se denomina “contrarrevolucionaria”. Aún décadas después de tomado el gobierno, el liderazgo se presenta como la vanguardia de una revolución permanente.

Naturalmente que esa vanguardia, compuesta exclusivamente de miembros del partido, tendrá en su corazón una cantidad desproporcionada de revolucionarios-filósofos, o intelectuales. Ya fuesen reconocidos por otros –como es el caso de Lenin¹⁹- como si solamente eran autoproclamados –Adolf Hitler-, los grandes líderes del totalitarismo casi universalmente sintieron la necesidad de rodearse de figuras sofisticadas, además de hacer sus propias contribuciones al cuerpo literario dogmático. Cada régimen tuvo varios personajes de este tipo: Maxim Gorki, Alfred Rosenberg, Giovanni Gentile y Mao Zedong son ejemplos.

Los rasgos comunes al totalitarismo recién presentados están presentes en tipos sorprendentemente distintos de gobierno. Por ejemplo, supuestamente nada había más enemistado que el nacionalsocialismo y el comunismo. A su vez, el comunismo y su militancia atea no podrían ser mayores enemigos de la forma de totalitarismo más reciente, el Islam supremacista. Sin embargo, estos tres tipos de régimen han cumplido simultánea con casi todas las características aquí detalladas.

Esta breve definición no puede alcanzar a explicar la esencia del totalitarismo tan bien como lo hace el propio sistema. En su importante libro “Lenin’s Tomb”, David Remnick reproduce un documento muy valioso en términos históricos: un memorando interno del alto mando soviético. El contexto es el colapso del régimen en agosto de 1991, cuando una “vieja guardia” de ortodoxia estalinista lanzó un golpe de estado. El objetivo era derrocar a Mikhail Gorbachov y sus aliados reformistas, de modo de preservar la Unión Soviética:

“We must not (...) enter into any kind of negotiations with the public. We have often ended up doing this in an attempt to preserve a democratic façade. As a result, society gradually becomes accustomed to the idea that they can argue with the authorities – and this is the first step towards the next battle. One must not allow even the first manifestations of

¹⁹ Quien vivió desde fines de 1907 hasta la víspera del golpe bolchevique de 1917 en el exilio, y cuya única actividad era la redacción de trabajos de teoría comunista.

disloyalty: meetings, hunger strikes, petitions, and information about them (...) If you want to proceed with a minimal amount of bloodshed, suppress contradictions at the very beginning. Do not be ashamed of resorting to clearly expressed populism (...) Immediately introduce economic measures that are understandable to all (...)"²⁰

El totalitarismo en el siglo XX: Acerca de los regímenes más importantes

La definición esbozada en la sección anterior sin dudas permitirá al lector reconocer rápidamente los regímenes históricos de los que se está hablando. Es pertinente entonces formar una pequeña lista de los gobiernos totalitarios más conocidos e importantes del siglo XX, con un breve estudio de cada uno.

El primer régimen totalitario existió entre 1922 y 1991, lo cual lo vuelve también el más longevo. Adicionalmente, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) es por al menos tres razones el régimen totalitario más importante de todos. La primera es que el esquema leninista que le dio forma fue la inspiración de prácticamente todos los otros sistemas totalitarios, aun cuando se trató de regímenes ideológicamente opuestos al comunismo. Así lo expresó Service: "(...) the Soviet order was truly innovative: there had been nothing like it in world history. Fascism was in many ways a structural copy of it, albeit with a different set of ideological purposes".²¹

La segunda de ellas es que, debido al poder que acumuló y a las doctrinas de política exterior que impulsó en ciertos períodos, la URSS intentó activamente expandir su modelo totalitario a otros países.

Por último, la URSS pasó también, junto con otro régimen que aquí se estudiará, a ser la imagen dominante del totalitarismo en el pensamiento de quienes más lo han trabajado – como los ya citados Arendt y Orwell.

Es importante comenzar este tema con una breve disquisición terminológica. La Unión Soviética es conocida por ser alternativamente un estado socialista, comunista y/o marxista-leninista. Sin ahondar demasiado en un tema que no compete a este trabajo, que es precisamente esta disputa semántica dentro de la teoría derivada del trabajo de Karl Marx, es importante recordar que en la “ciencia” política el uso de los términos varía según el locutor, el momento y el lugar.

Sin duda el lector reconocerá que lo que para alguien puede ser “socialismo” hoy en Estados Unidos²² no es lo que puede significar para Hugo Chávez. Considérese la siguiente cita de Stalin sobre un tema muy confuso para los estudiantes del comunismo: el Estado. Cuando el estado todavía existe, ¿se encuentra la sociedad en su fase socialista o comunista?: “Nos declaramos a favor de la muerte del Estado y al mismo tiempo nos

²⁰ REMNICK, David. 1994. Lenin’s Tomb. New York. Vintage, p. 464

²¹ SERVICE, op. cit., p. 5

²² Piénsese en el uso frecuentemente exagerado de ciertos opositores del actual presidente, Barack Obama, para referirse a algunas de sus políticas.

alzamos en pro del fortalecimiento de la dictadura del proletariado, que representa la más poderosa y potente autoridad de todas las formas del Estado que han existido hasta el día de hoy. El más elevado desarrollo posible del poder del Estado con objeto de preparar las condiciones para la muerte del Estado: ésta es la fórmula marxista”.²³

El propio mundo comunista de la Guerra Fría estuvo y está rodeado de confusión por el tema. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas estaba gobernada por el Partido Comunista, y su ideología oficial era el marxismo-leninismo.

Hecha esta aclaración, conviene organizar la descripción del sistema soviético en base a tres grandes momentos cronológicos.

Lenin: Bolchevismo

Toda discusión de la Unión Soviética debe comenzar con el papel de un individuo: Vladimir Ilich Uliánov, conocido por su seudónimo militante de Lenin. Este intelectual contribuyó la segunda mitad de la ideología marxista-leninista, más específicamente la referente a su organización política.²⁴ Las principales innovaciones políticas de Lenin fueron dos: la introducción del “imperialismo” a la teología comunista y un modelo de actuación política.

El imperialismo fue concebido por Lenin como la etapa final del capitalismo monopolístico de la era de Marx. Cuando ya estaba completo el sistema opresivo funcional a la burguesía, las potencias industriales (o “centrales”) se lanzan a la “periferia” del mundo a extraer los recursos naturales y continuar la opresión de otros débiles, en este caso con trasfondos raciales. Lenin opinaba que la disputa entre los imperios sería la forma en la cual perecerían los esquemas capitalistas, ya que una vez se agotasen los espacios para saquear chocarían entre sí. Por lo tanto, el enemigo era el imperialismo capitalista en todas sus formas, y su antítesis el movimiento proletario internacional.

La segunda innovación de Lenin era su método de actuación. Aunque estuvo en el exilio buena parte del tiempo en el que sus “camaradas” combatían al imperio zarista, Lenin -a diferencia de Marx- tenía un objetivo específico: derribar a la corte de San Petersburgo y sustituirla con un gobierno de sus partidarios. Por una disputa interna terminarían llamándose bolcheviques, lo cual identificó a la facción comunista de Lenin como la más radical y violenta.

Es importante estudiar este aporte de Lenin a la política del siglo XX, porque se repetiría en muchos otros regímenes políticos – en particular los totalitarios. El principal componente del leninismo es la identificación de una vanguardia partidaria que se encargaría de hacer la revolución, y que a la vez debía estar armada y preparada para tomar el poder. El asesinato y la intimidación urbana formaban parte de sus tácticas, a la vez que ya desde temprano se debían crear unidades de disciplina partidaria que funcionasen como policía de los propios

²³ ARENDT, op. cit., p. 540

²⁴ Aunque se suele olvidar debido a los acontecimientos posteriores a su vida, la obra de Karl Marx y su propia concepción de la misma era esencialmente económica. Más allá del “Manifest der Kommunistischen Partei” y su torrente de romanticismo, para Marx su gran obra y contribución al movimiento comunista era el inconcluso “Das Kapital”, y sus grandes hallazgos los referidos a las fuerzas materialistas de la historia y la plusvalía.

miembros. Esto representaba un quiebre con el comunismo orgánico tradicional, que concebía una movilización espontánea de “proletarios” o incluso campesinos, o en otras variantes a través del sindicalismo.

El papel del Partido en la revolución comunista requería conformar un aparato propagandístico de difamación del sistema existente, combinado con una incitación a las huelgas generales y el caos social. Para lograr esto era fundamental establecer una alianza con los sindicatos –que debían ser cooptados por el Partido. Lo mismo se pretendía respecto a otros sectores clave de la sociedad, como el educativo por citar un ejemplo frecuente.

El leninismo, inseparable de la organización partidaria, también dictaba que para que la “revolución” fuese auténtica, debía sacudirse la sociedad en cuestión hasta los cimientos. Así, el país debía refundarse (con cambios de nombre y bandera). Las ciudades también cambiarían de nombre, y se fundarían nuevas ciudades “modelo” del innovador sistema ideológico. También se planearían ciudades “exhibición”, producto de los departamentos de propaganda, para demostrar los supuestos logros del sistema adoptado.

La organización partidaria leninista requería la presencia de un Gran Líder de jerarquía indiscutida, así como la existencia de una milicia partidaria que respondiese a sus órdenes. El propósito de esa milicia sería múltiple: controlar a la población a través del terror, destruir a otras fuerzas políticas, lanzar ataques contra el gobierno que se buscaba derrocar y, ya en el poder, establecer un aparato de seguridad que incluyese la policía secreta y las fuerzas armadas.

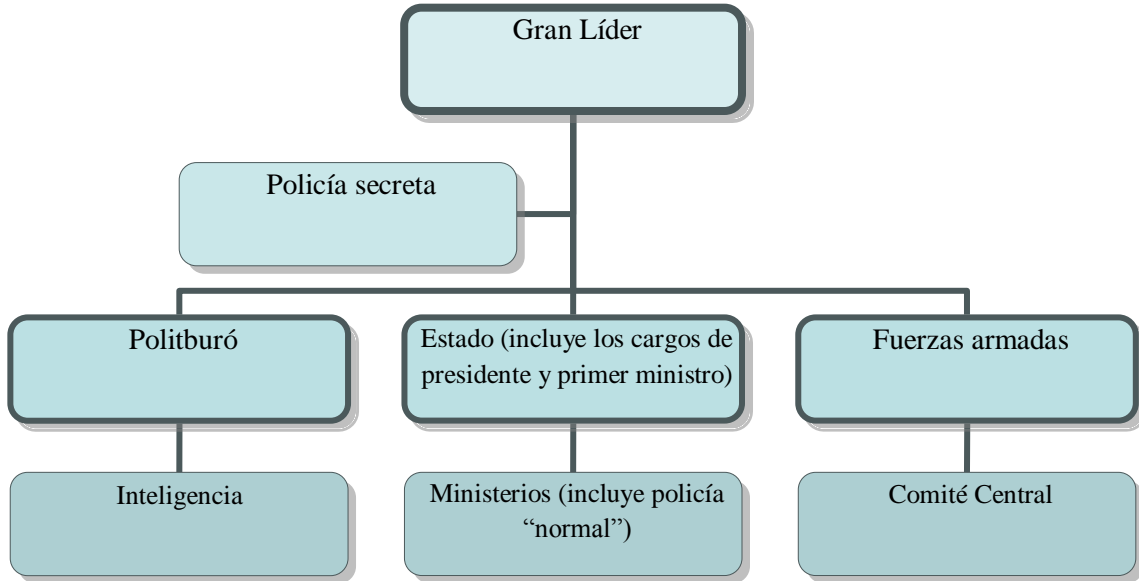
La policía secreta, que tendría el poder incluso para espiar y purgar a altos mandos del partido, las milicias y las fuerzas armadas, sería desde muy temprano una herramienta esencial del aparato leninista. Los campos de trabajo forzado, destino simultáneamente práctico e ideológico de los “contrarrevolucionarios” y “enemigos de clase”, eran también parte necesaria del plan, incluidos específicamente por Lenin en sus instrucciones ya en 1918. Los campos estaban a su vez basados en la katonga, el sistema de trabajo penal de la Rusia imperial que inauguró Pyotr I (“Pedro el Grande”). Para 1921 ya existían más de cien de estos centros, bautizados por Lenin y Trotsky como kontlager o campos de concentración.

Incluso algunos hechos más vinculados a la sociedad civil que a la política, como los actos masivos de asistencia obligatoria, las asambleas partidario-sindicales y los desfiles propagandísticos, tendrían sus orígenes en esta era.

Lenin no llegó al poder ni por méritos suyos ni por los de su partido. La tarea de destruir al gobierno imperial la llevó a cabo una revolución distinta, en febrero de 1917. Fue contra el gobierno temporal instalado en esa ocasión –un comité ejecutivo de fuerzas de clase media, liderado por Aleksandr Kerenski-, contra el cual el bolchevismo lanzó su golpe de estado.

Serían coaliciones de sindicatos, milicias y bolcheviques llamados soviets los que organizarían un gobierno paralelo. Bajo la consigna de que todo el poder debía ser suyo por ser los representantes “auténticos” de los trabajadores, tomarían el poder por asalto en noviembre del mismo año.

El sistema que se estableció era uno en el cual sólo podía existir el Partido Comunista, y se fusionaban las instituciones del Estado y el partido. Sólo podían acceder a altos cargos miembros del Partido Comunista, que a su vez tenía desperdigados por todo el país centros de espionaje y monitoreo de los ciudadanos.



Organigrama aproximado de un típico régimen comunista

La Unión Soviética rompió una de las múltiples promesas del comunismo al restaurar el imperialismo ruso sobre múltiples naciones que éste dominaba, como lo haría con los bálticos, chechenos, georgianos, armenios, azeríes, turco-mongoles, judíos y otros. Más aún, ejerció una supresión extremadamente eficiente de la independencia académica, de los medios de expresión, de la religión organizada, de la propiedad privada, de instituciones de la sociedad civil y eventualmente de las formas de narrar la historia.

En materia económica, los bolcheviques ordenaron la fusión de las nuevas empresas estatales con sus sindicatos. En la práctica, esto significó que todos los sindicatos debían ser cooptados por el Estado y el partido. El entonces miembro del Politburó Grigory Zinoviev lo resumió así, al referirse al papel de los trabajadores en el nuevo sistema: “La participación en los sindicatos será parte de su deber frente al Estado”.

Habría coordinación en toda unidad de trabajo entre los gerentes de la empresa, los coordinadores del Estado y el partido, y por último los jefes sindicales, quienes debían ser miembros del partido. El papel de los sindicatos era ahora asegurar y organizar la disciplina laboral que requería la nueva economía planificada, basada en el verticalismo.

Además, a partir de la implementación del nuevo sistema el trabajo en la economía colectivizada sería obligatorio y universal, pues como dijo Lenin: “El que no trabaja no come”. En nombre de los trabajadores y de la fraternidad colectiva se prohibieron las huelgas, que pasaron a ser medidas de sabotaje o anti revolucionarias. Para complementar este nuevo régimen de trabajo, el Noveno Congreso del Partido de 1920 decretó que los

trabajadores que abandonasen sus empleos fuesen declarados desertores de la fuerza de trabajo, y por lo tanto condenados a los campos de trabajos forzados.

La destreza para la propaganda del bolchevismo fue enorme, en parte debido al intenso esfuerzo que se le dedicó. Su efecto fue variado. Enormes legiones de intelectuales y activistas de todo el mundo se mantuvieron persuadidos por la prensa oficial soviética durante décadas. En los primeros años de la URSS apenas unos pocos intelectuales se atrevieron a disentir de la forma en que se estaban perfilando las cosas.

Aunque murió temprano en la historia del régimen, la herencia de Lenin fue duradera. Una de las más importantes fue que tuvo el talento de saber repartir bien los papeles que jugarían sus subordinados a la hora de administrar el nuevo estado totalitario. Stalin sería el comisario para las naciones, por lo que toda política de migraciones, clasificación étnica y desplazamientos forzados estaría a su cargo. Lev Bronstein –Trotsky- estaría a cargo del Ejército Rojo y la destrucción de los rebeldes liberales, imperiales, mencheviques y otros. Felix Dzherzinsky se ocuparía de la Cheka²⁵ y sus sucesoras: la policía secreta que espiaría a todas las capas del gobierno.

Stalin: Comunismo

Con la muerte de Lenin se dio una disputa por el poder entre esta multiplicidad de actores. Stalin resultó ser el más hábil en las maniobras partidarias, por lo cual fue quien, tras algunos años, logró hacerse con el poder.

La principal preocupación del nuevo dictador soviético sería la concentración total del poder en sí mismo y la destrucción de cualquier rival posible. Vale la pena destacar que en las últimas semanas de vida de Lenin éste tuvo una fuerte disputa con Stalin, tanto por sus ambiciones políticas como por cruces personales. Eso no impediría que Stalin explotase la figura de Lenin como parte del culto comunista.

Stalin fue un líder notoriamente concentrado en los asuntos internos, tanto que se le culpó posteriormente por desatender a la amenaza alemana en los 1930s. Como sugiere Henry Kissinger, fue el “supreme realist” de su época, y su política exterior reflejaba la interpretación bolchevique de la historia. En ella, los factores relevantes eran fuerzas históricas de largo plazo, y como científicos los comunistas debían observarlas y quizá guiarlas, pero no las cambiarían. Pretender iniciar el comunismo en países que no estaban preparados para ello resultaría contraproducente, sencillamente porque fracasaría. Esto significa que la famosa disputa con Trotsky respecto a la revolución mundial no era una mera diferencia personal: eran concepciones distintas de la Unión Soviética, su gobierno y su política exterior. La que prevaleció, la de Stalin, concebía un estricto cierre de la URSS respecto a la totalidad del mundo exterior. Los esfuerzos de expansión internacional del comunismo serían modestos.

Con tal de preservar su propio poder y el de la URSS, Stalin decepcionaría una y otra vez a sus aliados y militantes comunistas de todo el mundo. Por ejemplo, en el caso de la guerra civil de España, que se extendió de 1936 a 1939, Stalin tuvo la oportunidad de establecer un satélite soviético en el otro extremo de Europa. Las fuerzas comunistas rápidamente

²⁵ Chrezvychaynaya Komissiya.

controlaron a buena parte de las republicanas, y tuvieron la ventaja de controlar la mayor parte del país en su posición inicial.

Sin embargo, las instrucciones de Stalin fueron de preservar al máximo grado posible una república democrática, aun en detrimento de la “revolución mundial”. Su cálculo era que la aparición de un régimen comunista en España no haría más que desatar respuestas antisoviéticas en el Reino Unido, Francia y la Alemania nacionalsocialista, e incluso una posible alianza entre estos países. Este es un razonamiento que jamás habrían realizado otros líderes soviéticos, tanto anteriores como posteriores a Stalin. Solamente más tarde daría el dictador instrucciones al KomIntern de crear las Brigadas Internacionales, enviar armamento a España y, con particular énfasis, destruir a todos los trotskistas españoles y extranjeros que participasen en la guerra.

La política exterior cautelosa de Stalin llegaría a su pico en 1939, al firmar un pacto de no agresión con la Alemania nacionalsocialista. En sus torpes esfuerzos por llegar a un entendimiento con Alemania, Stalin incluso ofrecería un brindis por Adolf Hitler a una delegación visitante.²⁶

En el caso de Stalin, sin embargo, la política exterior ofrece un interés mucho menor al que suscitan los acontecimientos internos. En 1914 la población de Rusia era aproximadamente ciento cincuenta millones de personas. En 1937, según un censo nacional, el número alcanzaba los ciento cincuenta y seis millones. Según los números que cita el historiador militar Chris Bellamy, a esa altura el país debería tener en realidad 186,4 millones de habitantes.²⁷ ¿Qué factor, antecedente por cuatro años al estallido de la Segunda Guerra Mundial en el frente ruso, explica semejante fenómeno?

Desde el primer día que se hizo con el poder Stalin tuvo la necesidad de dejar su propia huella en el Kremlin, y para eso era necesario eliminar a Trotsky²⁸ y todos los demás miembros del partido que fuesen rivales pasados, presentes o potenciales. Lo mismo debía ocurrir con sus familiares, subordinados, adherentes y cualquier persona que expresase en público o incluso en privado una expresión favorable sobre ellos. Para lograrlo, Stalin ordenó la codificación de crímenes alrededor de la adhesión a conspiraciones originadas en estos personajes, que durarían hasta décadas después de muertos. Stalin firmaría con frecuencia órdenes de arresto y ejecución de docenas de miles de personas, generalmente miembros del partido. Se realizó con particular énfasis en las Fuerzas Armadas, y entre quienes habían participado de la gestación del aparato bolchevique.

Para completar la purga, Stalin reescribiría la historia y no sólo borraría los “aportes” de Trotsky a la revolución que ahora era leninista-estalinista, sino que de hecho lo identificaría con la contrarrevolución. Durante las siguientes décadas de gobierno de Stalin se martillaría una y otra vez el término “trotskista” en la propaganda para designar negativamente a prácticamente cualquier conducta.²⁹

²⁶ BELLAMY, Chris. 2007. *Absolute War*. London. Pan Publishing, p. 54

²⁷ Ídem, p. 8

²⁸ Un proceso que le tomó dos años y terminaría, tiempo después, con el asesinato de este en México.

²⁹ Nuevamente es “Nineteen Eighty-Four” la obra que provee la mejor cristalización de la cuestión. En ella hay un personaje llamado Emmanuel Goldstein que está claramente inspirado en Trotsky. La narración

El dictador aprovechó un disparador, el asesinato del alto mando comunista Sergei Kirov en 1935, para lanzar lo que sería conocido como la Gran Purga y destruir a todos quienes lo habían criticado alguna vez, así como a quienes eran potenciales problemas. Incluso se “liquidó”, en palabras de Kissinger, a noventa y ocho de los ciento treinta y un miembros del Comité Central, el órgano supremo de control político del país.³⁰

El clima de persecución de la purga se extendería mucho más lejos de los altos mandos, y alcanzaría a todo el país. Entrarían en la máquina represora todo tipo de personas por múltiples motivos: estar casadas con extranjeros, ganar los partidos de fútbol equivocados, no acostarse con la persona correcta, tener demasiadas vacas, tener un nombre que aparecía en lugares desafortunados, contar ciertos chistes y así sucesivamente. Stalin dejó su método muy claro incluso en forma escrita: “Arresten (...) Arresten a todos (...) no es necesario investigar; arresten a todos”.³¹

David Remnick documentó cómo por ejemplo en 1937 Stalin recibió un informe de la ciudad de Voronezh en el cual se le informaba que por el plan regional de purgas se habían asesinado a nueve mil personas y deportado a veintinueve mil, en un esfuerzo por cumplir con cuotas impuestas por Stalin desde Moscú. El delegado regional, sin embargo, consideraba –intuía– que todavía había trotskistas y kulaks “sin reprimir”, y pedía permiso para aumentar la cuota a ocho mil. La respuesta de Stalin consistió en ordenar que fueran nueve y no ocho mil los nuevos purgados.³² Según Paul Johnson, sería el propio Trotsky – el enemigo número uno de Stalin en el período– quien mejor definiría la psicología del dictador soviético: “Stalin trata de destruir, no las ideas de su antagonista, sino el cráneo”.³³

Había más categorías de enemigos para liquidar en el mundo de Stalin. Como dice Arendt, estos regímenes totalitarios creaban “enemigos objetivos” que podían variar constantemente, y cuya persecución apenas diese la orden el gran líder era la verdadera razón de ser de la policía secreta. Los primeros eran los “antiguos”³⁴ y los enemigos del pueblo. Entre estos se incluían banqueros, esposas de comerciantes, “especuladores”, celadores de cárceles imperiales y así sucesivamente. Lavrenti Beria definiría el asunto de la siguiente manera: “el enemigo del pueblo no es solo quien comete sabotaje, sino quien duda de la línea del partido”³⁵. En sus primeros meses en el poder, Lenin había establecido a través de un decreto que “Si una persona culpable de percibir u ofrecer sobornos pertenece a las clases propietarias y usa el soborno para conservar o adquirir privilegios vinculados a los derechos de propiedad, deberá ser sentenciada al trabajo forzado más desagradable y duro, y todas sus propiedades serán confiscadas”.³⁶

explica que en el mundo de la propaganda de Big Brother, “He was the primary traitor, the earliest defiler of Party’s purity. All subsequent crimes against the Party, all treacheries, acts of sabotage, heresies, deviations, sprang directly out of his teaching.” ORWELL, op. cit., p. 12

³⁰ KISSINGER, Henry. 1994. Diplomacy. New York. Simon & Schuster, p. 338

³¹ JOHNSON, Paul. 1988. Tiempos Modernos. Buenos Aires. Javier Vergara

³² REMNICK, op.cit., p. 517

³³ JOHNSON, op. cit., p. 379

³⁴ Es decir, los que mantenían vínculos con la era precedente a la bolchevique, ya fueran profesionales, familiares o incluso anecdóticos.

³⁵ APPLEBAUM, op. cit., p. 140

³⁶ Ídem, p. 55

Pronto sería el turno de la siguiente categoría: los compañeros de ruta. Este era el término empleado por los bolcheviques para referirse a sus ex aliados en la causa “revolucionaria”, como los socialistas, mencheviques y anarquistas, que ahora se volvían enemigos. Luego figurarían como enemigos objetivos ciertas naciones no rusas que constituían elementos peligrosos para el gobierno soviético, por lo que fueron deportadas casi en su totalidad a regiones remotas. Así, los judíos y su peligroso sionismo fueron transferidos a Birobidzhan, en la frontera con China y Mongolia. Los chechenos fueron transportados por la fuerza a Kazakstán, al igual que los alemanes. Simultáneamente, las capturas de los integrantes de las clases medias polacas, ucranianas, bálticas y de otros países los llevaban a la trituración del de los campos, que se comentará más adelante.

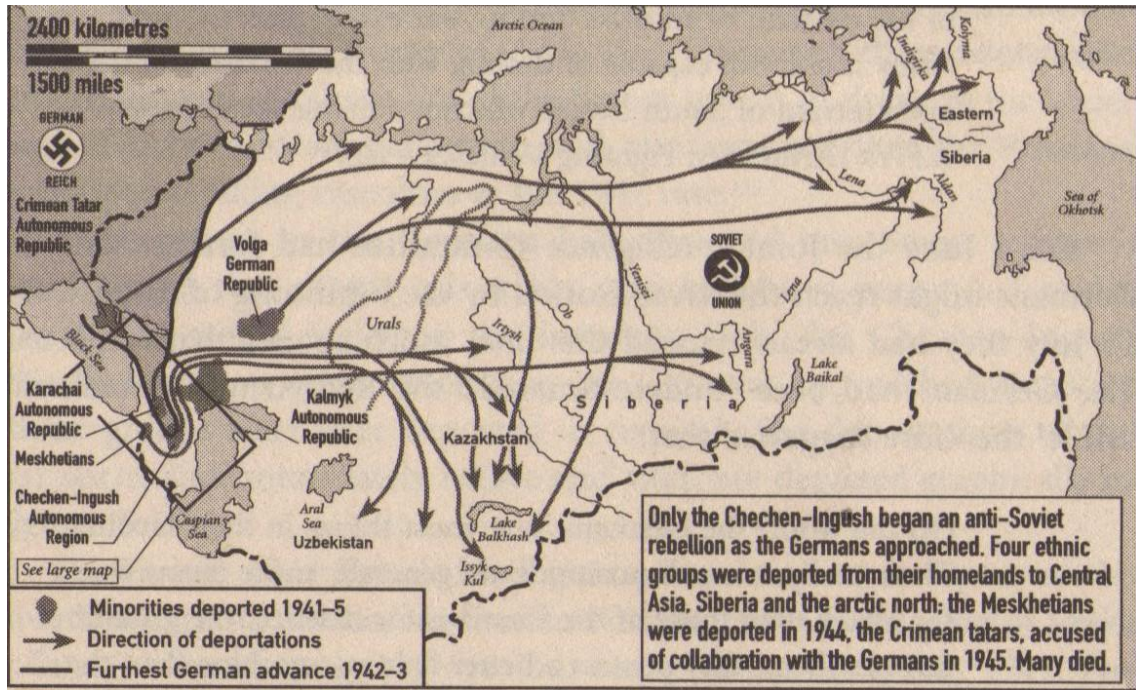


Ilustración 2 Mapa de las deportaciones étnicas ordenadas por Stalin, limitado temporalmente a los primeros años de la “Gran Guerra Patriótica”. Tomado de BELLAMY, op. cit., p. 494

Stalin agregaría, con el lanzamiento de la campaña de colectivización de la tierra, a “minadores” y “saboteadores”, como podía ser un ingeniero o cualquier persona que impidiese que la propaganda laboral fuera cierta.³⁷ Una categoría más que sufrió la violencia de Stalin fue la élite militar. A ojos del dictador ésta estaba manchada variadamente por conexiones con el régimen imperial y con el trotskismo. Stalin no dudó en erradicar a toda la cúpula militar de su país antes que tolerar esta hipotética diversidad de orígenes y pasados entre sus generales. Así, se ejecutó a tres de los cinco mariscales que tenía la URSS (su rango militar más alto) y cantidades muy mayoritarias o totales de comandantes de primer grado, segundo grado, cuerpos de combate, divisiones y hasta

³⁷ Es decir, cualquier persona que fuese “responsable” por que la producción real de las granjas y fábricas colectivas no cumpliera con lo previsto por los planes quinquenales. En el sistema soviético –así como en los que luego lo imitarían en otros países- la culpa de esta insuficiencia jamás sería del sistema, y siempre de personas específicas que cometían traición, sabotaje u otros altos crímenes.

coroneles.³⁸ A esta purga se le atribuye en buena parte el grado de vulnerabilidad militar que tendría la URSS ante la invasión de la máquina alemana en 1941.

Mientras que las troikas - tribunales ambulantes de justicia sumaria despachados desde Moscú para purificar al país de “malas hierbas”- recorrían todo el país fusilando a millones de personas, se multiplicaba por todo el imperio el culto a la personalidad del dictador. Por ejemplo, las denominaciones oficiales que se aplicaron a Stalin en el período incluyeron Genio Universal, Líder y Maestro de los Trabajadores del Mundo, Padre de los Pueblos, Sabio e Inteligente Jefe del Pueblo Soviético, Mayor Genio de Todos los Tiempos y Pueblos, Mejor Líder Militar de Todos los Tiempos y Pueblos, Águila de Montaña, Mejor Amigo de Todos los Niños y Bolchevique de Granito. Ciudades enteras como Stalingrad, Stalinsk y Stalinabad le homenajearon con su nombre. En Pravda, el periódico oficial del partido, era común encontrar editoriales como el siguiente:

“Si usted tropieza con dificultades en su trabajo o de pronto duda de sus cualidades, piense en él –en Stalin- y encontrará la confianza que necesita. Si se siente cansado en momentos en que no debería ser el caso, piense en él –en Stalin- y su trabajo se desarrollará bien. Si está buscando una decisión acertada, piense en él –en Stalin- y la hallará”³⁹.

Los terratenientes, particularmente los ucranianos, eran otros enemigos de Stalin. Denominados kulaks, o puños cerrados por su supuesta avaricia, su existencia misma se asoció con la criminalidad, y por lo tanto cualquiera acusado de kulak era susceptible de ser juzgado y deportado -o ejecutado- por una troika. Las órdenes y discursos de Stalin contenían pronunciamientos como los siguientes: “[hay que desatar] una ofensiva total contra el kulak (...) Tenemos que aplastar a los kulaks, destruirlos como clase (...) Tenemos que golpear tan fuertemente a los kulaks que no puedan volver a incorporarse (...) ¡Liquidemos a los kulaks como clase!”⁴⁰ En este período, entre 1928 y 29, se asesinaron aproximadamente a diez millones de personas. Otras diez morirían por todo el país por la escasez de alimentos resultante de la purga de los kulaks.

¿Quiénes eran realmente los kulaks? Applebaum lo explica muy bien: “[Era un término] tan vago que se podía aplicar prácticamente a todo el mundo. La posesión de una vaca más o de una habitación extra era suficiente para dejar de ser considerado un campesino pobre, lo mismo que la actuación de un vecino envidioso.”⁴¹

Ante la resistencia de los campesinos a ser considerados “ricos” y ver sus tierras expropiadas para la colectivización forzosa de la tierra, Stalin respondió con medidas draconianas. En particular en el caso de Ucrania, ordenó un cordón sanitario y de control del flujo de suministros que condujo rápidamente al *Holodomor*, el genocidio por hambre del pueblo ucraniano.⁴² Los estimados de los muertos solamente en Ucrania por esta política alcanzan los siete millones de personas.

³⁸ BELLAMY, op. cit., p. 46

³⁹ REMNICK, op. cit., p. 128

⁴⁰ JOHNSON, op. cit.

⁴¹ APPLEBAUM, op. cit., p. 92

⁴² Aunque es meritorio destacar que la aplicación del término “genocidio” a esta cuestión es motivo de amplia discusión.

Como se podrá apreciar, la gran variedad de enemigos designados colectivamente por el régimen explican por qué es tan certera la definición que realiza Arendt. La ya mencionada autora se refiere así a la categorización de las personas en el totalitarismo: “La introducción de la noción de un ‘enemigo objetivo’ es mucho más decisiva para el funcionamiento de los regímenes totalitarios que la definición ideológica de las respectivas categorías (...) La categoría de enemigos sobrevive a los primeros enemigos ideológicamente determinados del movimiento; conforme a las cambiantes circunstancias, se descubren nuevos enemigos objetivos (...)”.⁴³

El símbolo de estas décadas de purga y persecución fue el GULAG. Durante aproximadamente treinta años funcionó en la Unión Soviética una red o archipiélago⁴⁴ de campos de concentración, trabajos forzados y castigo en la cual transitaron y murieron docenas de millones de personas. En ella vivía una población permanente de dos millones, y se estima que pasaron por el sistema al menos dieciocho.

La referencia correcta es en realidad a “la” GULAG, ya que se trata de la Administración Principal de Campos⁴⁵, una subdivisión del NKVD. La desesperación que se conocía en estos lugares tiene pocos equivalentes en la historia de la humanidad. Precedieron por mucho tiempo a los campos alemanes nacionalsocialistas, ya que se abrieron por decreto de Lenin en 1918 y, en parte, tomaron ideas de ensayos previos que Trotsky conocía en Cuba y, sobre todo, Sudáfrica. Servirían de modelo para muchas de las actividades y usos del sistema alemán.

Aunque el GULAG nunca tuvo como objetivo la exterminación de la persona, sí pretendía que quien pasaba por ahí viviese un proceso de transformación esencial. A través del horror que era recorrer kilómetros en invierno para ir al baño desnudo, cargar nieve, lanzarse a las órdenes de los guardias a ríos helados, pasar noches atados desnudos, cometer actos de canibalismo, picar piedra y hielo a -45°C durante meses en jornadas laborales de 16 horas, alimentarse de raciones mínimas, vivir en hacinamiento y con castigos y peligros permanentes, la persona que salía debía transformarse en una especie de ente sumiso al comunismo. A los creadores del sistema no les interesaba tanto que la persona se volviese un ferviente militante de Marx y Lenin, sino que obedeciese. Como dijo un ex prisionero del sistema: “En nuestros campos, se esperaba no solo que uno fuera un esclavo sino que cantara y sonriera mientras trabajaba. Ellos no sólo querían oprimirnos: deseaban que se lo agradeciéramos”.⁴⁶

En los momentos más violentos del período estalinista en los 1930s la arbitrariedad y cantidad de los arrestos, purgas y ejecuciones llegó a niveles nunca vistos. Citando a Johnson, “La naturaleza arbitraria de los arrestos era esencial para crear la atmósfera de temor que, después de la necesidad de fuerza de trabajo, era el motivo principal del terror

⁴³ ARENDT, op. cit., p. 634

⁴⁴ Como notoriamente lo denominara uno de los más conocidos opositores al régimen soviético, Aleksandr Solzhenitsyn

⁴⁵ En ruso “Glavnoye Upravlyeniye Ispravityel'no-Trudovih Lagyeryey i koloniy” o “Administración principal de campos de trabajo y colonias”. Sin embargo, cuando se habla “del” GULAG se hace referencia al sistema. Hay un uso adicional, más claramente incorrecto, que es el uso “un GULAG” – es decir, para hablar de un campo o *konstlager* específico.

⁴⁶ APPLEBAUM, op. cit., p. 257

aplicado a los que no eran miembros del partido. Un miembro de la OGPU reconoció (...) que se arrestaba a inocentes: era natural; si no se procedía así nadie se atemorizaba”.⁴⁷ El sistema de campos soviético tuvo su pico en los 1950s, cuando el mundo adoraba a Stalin – a pocos años de su muerte- y en el territorio del país había, según Applebaum, al menos 476 kontlags.

Como dice esta autora, el GULAG tenía dos grandes diferencias respecto al sistema alemán: ninguna categoría tenía su muerte predeterminada y su principal propósito era económico. Incluso hay evidencia de que oleadas de nuevos presos se transportaban a los campos por órdenes de Stalin de aumentar la producción – en otras palabras, por “necesidad” económica y ya ni siquiera por política.

Lo que señalan Johnson y Applebaum apunta inevitablemente a que la máquina del GULAG necesitaba devorar periódicamente a porciones de la población que no habían cometido ningún acto “criminal”. Aunque en muchos casos se crearon crímenes especiales para poder operar dentro de la legalidad, en otros directamente se obvió ese paso. Hay casos documentados de varios cientos de personas que, ante pedidos de trabajadores esclavos de directores de campos, eran convocadas a oficinas de empleo y enseguida arrestadas y transportadas. En otras se cerraban calles y se secuestraba a todo aquel que no tuviese la identificación adecuada.

La cuestión de los intelectuales y su cooperación con el totalitarismo merece una mención especial. Esto se debe a que el caso de la Unión Soviética fue el primero en el cual éstos pudieron participar no sólo de la etapa de gestación ideológica, sino de la perpetuación de la voluntad política. Arendt lo resumió de la siguiente manera: “Sería temerario tratar de disminuir la importancia de la terrible lista de hombres preclaros a los que el totalitarismo puede contar entre sus simpatizantes, compañeros de viaje y miembros inscritos del partido, atribuyéndolo a extravagancias artísticas o a una ingenuidad profesoral”.⁴⁸

Están primero los intelectuales domésticos del régimen, de los cuales el más conocido fue Maxim Gorki. Este individuo –a quien el régimen posteriormente dedicó ciudades enteras- hizo apacibles paseos por el Belomorkanal, que había requerido a ciento setenta mil esclavos trabajando con herramientas rudimentarias, y luego escribió un libro entero en admiración del proyecto. Como dice Applebaum: “[el libro] justificaba lo injustificable, pretendiendo documentar no sólo la transformación espiritual de los prisioneros en ejemplos resplandecientes de homo sovieticus, sino también de crear un nuevo tipo de literatura”.⁴⁹ Irónicamente, en años posteriores ese texto sería censurado – como tantos otros que alguna vez fueron parte del canon oficial. Un poema de la época sobre el canal, supuestamente cantado en grupo por criminales comunes, decía: “Sí, fui un cruel bandido, robaba al pueblo, odiaba trabajar, mi vida era negra como la noche, pero entonces me llevaron al canal. Ahora todo lo pasado parece una pesadilla. Es como si hubiera vuelto a nacer. Quiero trabajar y vivir y cantar (...)”.⁵⁰

⁴⁷ JOHNSON, op. cit.

⁴⁸ ARENDT, op. cit., p. 509

⁴⁹ APPLEBAUM, op. cit., pp. 108-10

⁵⁰ Ídem

Durante los 1930s se hicieron comunes los viajes de intelectuales comunistas o colectivistas occidentales a la CCCP –incluidos uruguayos–, quienes supuestamente viajaban libremente por el país e informaban de cómo se vivía este intrigante experimento social en la población. En realidad, las visitas eran cuidadosamente guiadas y totalmente funcionales a la propaganda del régimen. Hay declaraciones de intelectuales que cita Johnson que afirman que “Los campos de trabajo han adquirido una gran reputación en la Unión Soviética, porque son los lugares en que se han rescatado a decenas de miles de hombres (...) El método soviético de recomposición de los seres humanos es tan reconocido y eficaz que ahora los criminales a veces solicitan el reingreso” o que “Mientras que en Gran Bretaña un hombre entra a la cárcel como un ser humano y egresa como un delincuente, [en Rusia] ingresaba como un criminal y salía como un hombre común, salvo la dificultad de inducirlo a abandonar el lugar.”⁵¹

Una de las razones por la que tantos intelectuales derivaron hacia el comunismo fue que se percibía al nacionalismo totalitario como la corriente política fuerte durante los 1930s, que se hacía con gran parte de Europa y amenazaba con dominar el mundo. Como a su vez a esta se la percibía como más intolerante y violenta, con quemas públicas de libros y ejecuciones públicas draconianas, una alternativa natural para el intelectual romántico era inevitablemente el comunismo.

Como bien señala Applebaum, el resultado de la guerra hizo que para la historia fuesen condenables las asociaciones al nacionalsocialismo, como las de Martin Heidegger o la breve de Josef Ratzinger⁵², pero no las del comunismo. Así, Jean-Paul Sartre es considerado un filósofo respetable del siglo XX, aun cuando dijo que no se debía escribir sobre los campos soviéticos ni inmiscuirse en las “disputas sobre el carácter del sistema”. A Sartre le molestaba tanto como la maldad de los campos en sí el “uso” que hacía de ellos la prensa “burguesa”.

Se estima que como consecuencia de decisiones de Stalin murieron entre cuarenta y sesenta millones de personas. Aunque el GULAG y los actos de represión más extremos de la era estalinista terminaron al hacerse Khrushchev con el poder, no por ello dejó la URSS de tener un sistema totalitario. Vale la pena notar que Arendt estaba en desacuerdo con mantener esta categorización post-Stalin.

El KGB⁵³, sucesor del NKVD, siguió dominando milimétricamente todos los aspectos de la vida en el país. Se siguieron suprimiendo las libertades y derechos humanos hasta el final mismo del sistema, no sin pasar antes por un período de re-congelamiento bajo Leonid Brezhnev y Yuri Andropov.

⁵¹ JOHNSON, op. cit.

⁵² Benedicto XVI de la Iglesia Católica, quien sirvió forzado durante su adolescencia en la Hitlerjugend y fuerzas de artillería durante la guerra

⁵³ Comité de Seguridad del Estado, o Komitet Gosudarstvennoy Bezopasnosti en ruso.

La URSS durante la Guerra Fría

La costosa victoria en la Segunda Guerra Mundial cambió radicalmente la postura de la URSS a nivel mundial. Como bien explica Bellamy, un país que antes era un estado paria o “rogue state” ahora era un fundador de la Organización de las Naciones Unidas, miembro permanente con derecho a veto en su Consejo de Seguridad y un referente político y diplomático universal. Su rápida consecución de la bomba de fisión nuclear en 1949 lo asimiló al país que retenía más poder, Estados Unidos. Según el historiador estadounidense John Lewis Gaddis (2005), en Europa en particular la URSS presentaba varios factores que la hacían atractiva, un rasgo que se extendió por un tiempo a los partidos comunistas satélites del soviético: su derrota del nacionalsocialismo, su abrumadora presencia militar en el continente y su control absoluto por parte de un solo líder.

Este nuevo estatuto de privilegio y consolidación como gran potencia le permitió a la Unión Soviética lanzarse, bajo los dictadores que sucedieron a Stalin, a intervenir en asuntos políticos a escala mundial. Existe un consenso entre autores como Kissinger y Christopher Andrew, apoyado en documentación sólida, en cuanto a que a partir del ascenso de Khrushchev al poder en el Kremlin la política exterior de la Unión Soviética se volvió significativamente más agresiva y expansionista que bajo Stalin.

En la era Khrushchev, la URSS apoyó y financió el terrorismo, los golpes de Estado, los asesinatos, la proliferación de armas de destrucción masiva y la propaganda más nociva para las democracias liberales, que aún hoy causa un daño inestimable. El enfoque principal de estas acciones sería, además del ideológico, contrarrestar la influencia de Estados Unidos. Para ello desplegaría una doctrina, inspirada en el trabajo de Lenin, que aprobaba el terrorismo de estado como método de combate “revolucionario”.

Adicionalmente, la Unión Soviética amenazó con iniciar guerras nucleares en varias ocasiones. Las documentadas son al menos tres: la crisis de Suez de 1956 –en la cual mientras sus tropas masacraban a civiles húngaros intimidó al Reino Unido, Francia, Israel e incluso Estados Unidos con ataques nucleares escatológicos⁵⁴, la de los misiles en Cuba en 1962 y las tensiones fronterizas con China en 1969.⁵⁵

El descuido nuclear del régimen soviético durante la Guerra Fría no refería solamente a su potencial uso internacional, sino también al interno. La república soviética preferida para las pruebas nucleares fue Kazakstán, un país donde los rusos son minoría y en donde se detonaron al menos 456 bombas nucleares en cuatro décadas. Muchas, en particular las del complejo Semipalatinsk-21, se hicieron sin resguardos hacia la población civil, que vivía a 160 kilómetros del lugar y que vio sus alimentos envenenados por la radiación.⁵⁶

La persecución de la oposición interna dejó de lado la violencia masiva del GULAG, y pasó a secuestros y encarcelamientos más “tradicionales”. Una técnica preferida por el aparato represor soviético era la de “diagnosticar” las acciones u opiniones “desviadas” de un

⁵⁴ KISSINGER, op.cit., pp. 542-3

⁵⁵ THE TELEGRAPH. USSR planned nuclear attack on China in 1969. 13/5/2010. Citado 21/7/2010. Disponible en Internet: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/asia/china/7720461/USSR-planned-nuclear-attack-on-China-in-1969.html>

⁵⁶ REED, Thomas & STILLMAN, Danny. 2009. The Nuclear Express. Minneapolis. Zenith Press, p. 217

individuo como síntomas de locura. Pravda ya citaba a Nikita Khrushchev anunciando esta postura en 1959: “Es evidente que el estado mental de las personas que llaman a oponerse al comunismo no es normal”.⁵⁷

Además de la beligerancia de líderes como Khrushchev y Brezhnev, la URSS se benefició en este período de factores externos que la beneficiaron. Estados Unidos, consumido sucesivamente por la guerra de Viet Nam y una depresión económica, además de las nefastas presidencias de Lyndon Baines Johnson, Richard Milhous Nixon, Gerald Ford y James Carter, tuvo una actuación muy irregular a nivel internacional. Las democracias de Europa vieron un crecimiento en el poder de partidos socialdemócratas más favorables a la Unión Soviética. Los diplomáticos e intelectuales de la época bautizaron al período, sobre todo en los 1970s, como *détente*, orgullosos de un supuesto logro en nombre de la paz. En el Partido Comunista soviético se celebraba este engaño. Yuri Andropov, el más importante de los líderes menos conocidos de la Unión Soviética, dijo en 1980 que “The Soviet Union is not merely talking about world revolution but is actually assisting it. The USSR is building up a powerful military and economic potential which is a reliable defence for the socialist countries and other progressive forces in the world (...) During this period Angola, Mozambique, Ethiopia and Afghanistan were liberated”.⁵⁸

Fascismo

El fascismo es conocido como el sistema totalitario original, cuando en realidad no lo es. Lo que sí instituyó Benito Mussolini, el líder del movimiento, sería el primer régimen nacionalista de posguerra de perfil totalitario.

Mussolini era un periodista de orígenes socialistas, quien a través de la propaganda pasaría a denominarse Duce.⁵⁹ Esa innovación de Mussolini –que luego imitarían otros líderes totalitarios- tenía como propósito separar a la figura del líder de los tradicionales cargos y canales de poder del estado. El Duce era más que un presidente, un primer ministro o incluso un rey: era una posición de liderazgo plenaria que se encontraba más allá de la legalidad.

Johnson señala que al mismo tiempo que proliferaban los partidos y células comunistas por toda Europa inspirados en el golpe en Rusia, en algunos países también aparecían otros socialistas de diferente inspiración. El nombre más acertado que se les asignó es el de nacional-socialistas, porque su obsesión no descansaba en el proletariado y la destrucción de la burguesía, sino en la traición a la nación, el patriotismo y la revancha bélica.

El principal disparador del origen del fascismo es la falta de atracción que presentaban a los propios integrantes del movimiento, por no mencionar la sociedad italiana en general, varios aspectos del comunismo bolchevique. Dos de los más importantes eran la hostilidad fervorosa al capitalismo y a la religión que requería el marxismo-leninismo ortodoxo. En

⁵⁷ JOHNSON, op. cit., p.683

⁵⁸ ANDREW, Christopher & MITROKHIN, Vasili. 2006. *The World Was Going Our Way*. New York. Basic Books, p. 471. Naturalmente que el original sería en ruso.

⁵⁹ Un término que evocaba, en particular, al clásico título de Dux de las grandes repúblicas urbanas de la Italia medieval, como Génova y Venecia.

otras palabras: la práctica bolchevique resultaba ofensiva para muchas personas que compartían su diagnóstico de la realidad.

En la Europa de 1918 y los años sucesivos sobran personas que tenían como objetivo político una sustitución de los “viejos” sistemas republicanos o monárquicos en clave nacionalista, romántica y estatista. El objetivo era el mismo que el de los bolcheviques: ordenar completamente a la sociedad, centralizar todo el poder político y económico en el Estado, establecer una jerarquía piramidal y, una vez ordenada la sociedad, lograr un nivel avanzado de desarrollo y conquistas tecnológicas. El comunismo requería en el camino la exterminación completa de la sociedad predecesora, tanto de su cultura como de muchas de sus personas físicas. Además, no podía coexistir con la religión organizada o con la propiedad privada. Esto significa que quien no estuviera dispuesto a sacrificar la totalidad de las cosas que conocía en su vida cotidiana no se sumaría al movimiento comunista ortodoxo.

Mussolini y sus compañeros simplemente resolvieron, tras la Gran Guerra, que el socialismo estaba agotado. Su enfoque sería más nacionalista, en contra de la creencia del comunismo en la internacionalidad de la causa revolucionaria. Para obtener su “denso brebaje fascista”⁶⁰, Mussolini combinaría varios ingredientes. Johnson explica que en Italia no funcionaba demasiado bien el “socialismo científico” y desapasionado de Marx, con sus tratados económicos y argumentos sobre inevitabilidades dialécticas. Para lograr un auténtico impacto político hacía falta apelar a la psicología de la persona, preferentemente a través de los mitos nacionales. Mussolini se valió de la antigua Roma, de la obra de Niccolò Machiavelli y del nacionalismo del siglo XIX para crear una imagen de Italia como potencia ascendente, orgullosa y acreedora.

Desde el punto de vista organizativo, Mussolini fue tanto o más eficiente que los bolcheviques. Entre 1919 y 1922 empleó una ola de violencia social para cooptar a las fuerzas de seguridad y destruir a las organizaciones comunistas y sindicales de Italia. Simultáneamente participó en elecciones y logró hacerse con escaños en el Parlamento, lo cual lo catapultó a la importancia nacional y pronto a la famosa marcha sobre Roma. En ese incidente, que tuvo lugar a fines de 1922, la milicia fascista comandada por Mussolini extorsionó al rey de Italia para que lo designase gobernante del país. El resultado fue exitoso para los fascistas, que estarían en el poder casi exactamente veinte años.

La cuestión de cómo se condujo el régimen fascista en su interior es significativamente distinta del caso soviético. Quizá la mejor forma de ilustrarla sea citando al líder comunista moderado Giorgio Amendola, entrevistado por Oriana Fallaci en 1974:

“(…) en Italia el fascismo fue un régimen rico en contradicciones, que en él intervenía un contraste de fuerzas dispares. Fuerzas de carácter conservador, como la monarquía y las altas finanzas; fuerzas representadas por los niveles populacheros y por los sindicatos (…). Otra cosa que hay que decir es que la represión ejercida por el fascismo fue de un tipo sobremano dúctil. A la bestial violencia de los primeros años (…) sucedió una represión mesurada que pronto adoptó el aspecto característico de la corrupción. (…) la represión fascista consistió esencialmente en corrupción. (…) los antifascistas formábamos una

⁶⁰ Frase de JOHNSON, op. cit.

contracorriente minoritaria rodeada por la incredulidad general (...) Y quede claro que no pretendo, con eso, atenuar la infamia del régimen. Lo que quiero explicar es, sencillamente, que entre 1926 y 1943 la represión fascista no fue lo que fuera durante el período republicano.”⁶¹

En una declaración que sin duda enervó a muchos de sus correligionarios, en la misma entrevista el propio Amendola traza una línea vinculante entre el comunismo y el fascismo: “He dicho, y sostengo, que el fascismo puede presentarse con máscara roja y con máscara negra, pero que seguirá siendo fascismo. La base psicológica es la misma, las argumentaciones antidemocráticas son las mismas. Yo no olvidaré nunca que las primeras banderas de los fascistas tenían tres quintas partes de rojo, una parte de blanco y una de verde (...) Por lo demás, ¿no se presenta el fascismo como una fuerza revolucionaria? ¿No hace otro tanto el nazismo?”⁶²

Así como la represión fascista de las libertades fue comparativamente holgada, su introducción del corporativismo a la sociedad italiana sería una de sus facetas más recordadas. El régimen de Mussolini organizaría a la economía y a lo que quedaba de la sociedad civil en grandes corporaciones u organizaciones monolíticas, por la cual las tareas de millares de personas se agrupaban por órdenes del estado. De esa manera se decretaba que sin excepciones todos los pertenecientes a una categoría debían afiliarse y operar dentro de la corporación correspondiente: mecánicos, docentes, estudiantes, jóvenes exploradores, deportistas, artistas, ingenieros, médicos, etc. Cada una rendiría homenaje directamente al Gran Líder y estaría institucionalizada a través de los canales sindicales y partidarios “correctos”. La corporativización era fundamental en el teatro que realizaría el totalitarismo de la sociedad, que se manifestaba literalmente en representaciones multitudinarias de adoración al régimen.⁶³

La palabra que más repetía Benito Mussolini en sus formaciones doctrinarias era “Estado”. Su obsesión principal era el establecimiento del Estado como la institución primaria en las vidas de los italianos, desde todo punto de vista. En este aspecto no se diferenciaría demasiado del comunismo, excepto por dos cuestiones ya mencionadas. La primera es que en el caso del comunismo siempre sería mucho más relevante el papel del partido que el del estado. La segunda refiere a aquellos aspectos específicos de la vida social que el fascismo dejaría básicamente incambiados desde el principio. Una de las citas más famosas del fascismo reza así: “Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra él”. Sin embargo, esto no significó que Mussolini aspirase a estatizar todas las empresas o tierras. De hecho, ya desde 1919 observó el fracaso del colectivismo en Rusia y comprendió que lo que tendría más sentido hacer sería “usar y aprovechar el capitalismo en lugar de destruirlo”.⁶⁴

⁶¹ FALLACI, Oriana. 1978. Entrevista con la historia. Barcelona. Editorial Noguer, p. 300

⁶² Ídem, p. 304

⁶³ Sería, además, una de las herencias del fascismo que más han sobrevivido – aun en sistemas democráticos. En particular en el continente sudamericano, en donde varios regímenes dictatoriales mostraron fuertes simpatías hacia el fascismo, persisten hasta hoy leyes y prácticas corporativistas.

⁶⁴ JOHNSON, op. cit.

Comportamiento internacional del fascismo

En política exterior, así como en el uso de la propaganda, el fascismo planteó una visión imperial que evocaba a la Roma antigua, particularmente en su pretendido dominio de África. Sin embargo, Benito Mussolini no era personalmente un líder interesado en la expansión por cuestiones ideológicas, como lo sería Adolf Hitler. Su doctrina se asemejaría más a un nacionalismo oportunista, que atacaba cuando detectaba vulnerabilidades.

Así, escogió una guerra imperialista “clásica” en África contra un país muy pobre, Etiopía.⁶⁵ Aun teniendo una alianza formal con Alemania desde 1939, el régimen italiano no le declaró la guerra al Reino Unido y Francia hasta muy entrado 1940, pasadas ya las principales batallas de la guerra en ese frente. En los períodos siguientes Italia contribuiría tropas principalmente a la campaña en el norte de África, y apenas un puñado para el frente europeo oriental.

La alianza con Alemania no era inevitable, ya que existieron varias áreas de desencuentro entre ambos regímenes. Algunas eran teóricas: mientras que Mussolini reivindicaba al imperio romano, Adolf Hitler –su mejor aliado- fue el principal resucitador de la tradición germano-barbárica-gótica precisamente hostil a la historia “occidental” europea. Otras, como la del trato de los judíos, eran mucho más específicas y prácticas.

En términos étnicos y doctrinarios el fascismo no tuvo hostilidad hacia los judíos, aunque sí hacia los africanos (a quienes veía como inferiores). Sin embargo, los orígenes sociológicos y teóricos de Mussolini –distintos a los activistas de Hitler- llevaron a que no sintiese una cuestión “de piel” con el tema étnico, sino que su preocupación fuese por el Estado y la gloria nacional. Debido a esta ausencia de hostilidad necesaria hacia los judíos –y en base a acciones institucionales e individuales de partes del gobierno de Roma- Italia llegó a proteger de su inestimable aliado alemán a muchos judíos durante la guerra. Tan así fue que se considera que la caída del fascismo en Italia en 1943 fue mala para los judíos, ya que Alemania invadiría la mitad del país para contener a las fuerzas de las Naciones Unidas⁶⁶ y dentro de ese territorio masacraría y deportaría a entre siete y nueve mil judíos.⁶⁷

En efecto y según el historiador de la Shoah Saul Friedländer, aunque Benito Mussolini había manifestado a Heinrich Himmler su acuerdo oral con la *endlösung*⁶⁸, en la práctica los agentes de su gobierno protegieron a muchos judíos. Lo hicieron tanto en Italia como en lugares que se encontraban bajo su control, como partes de Francia, Croacia y Grecia (particularmente en Salónica). De hecho, las investigaciones del historiador sugieren que el

⁶⁵ De hecho, Johnson atribuye a la condena anunciada por la Liga de Naciones a esta invasión –y no a una afinidad ideológica automática- el acercamiento de Benito Mussolini a Adolf Hitler y su mimetización en términos de retórica anticomunista y leyes raciales. Hasta el momento de la invasión, líderes tan anti fascistas como Winston Spencer-Churchill consideraban que era importante mantener a Italia del lado de su país y el de Francia. Kissinger comenta precisamente la disyuntiva de la Foreign Office y la diplomacia francesa: tolerar un acto absolutamente ilegal e ilegítimo o condenarlo y ganarse un enemigo. Según Anthony Beevor (2004), el apoyo de Italia a Francisco Franco en España se explicaría por su agrado en ver otra potencia fascista anti británica en el Mediterráneo

⁶⁶ Recordar que este era el nombre oficial de la alianza bélica entre Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá, la Unión Soviética, China, Australia y los demás aliados.

⁶⁷ La primera cifra es de Saul Friedländer (2008), la segunda de Johnson, op. cit..

⁶⁸ En alemán “solución final”, el nombre dado por Reinhard Heydrich y la SS a la exterminación de la población judía bajo control alemán

régimen fascista de Mussolini, aliado principal de Adolf Hitler, hizo más para proteger a los judíos que el Vaticano liderado por Pío XII.

Antes de la Segunda Guerra Mundial el régimen italiano enfrentó otra campaña bélica: la de España entre 1936 y 1939. La guerra civil de ese país es un conflicto clave en la historia del totalitarismo, ya que confrontó a todos los regímenes de esa categoría existentes en la época, tanto entre sí como con las democracias. Italia fue el gran financista de la Falange, una milicia que no tenía orígenes ideológicos sino genuinamente reaccionarios ante el comunismo y el republicanismo. Francisco Franco, un militar que cooptaría a esa organización, sería el líder preferido de Hitler y Mussolini. La contribución italiana a la campaña de Franco fue muy significativa: cuarenta y cinco mil tropas, ciento cincuenta blindados y más de seiscientos aviones.⁶⁹

A nivel internacional, se trata de una época en la cual en Europa predomina una “culpa por Versalles”⁷⁰ y a su vez un profundo odio al comunismo soviético. Esto implicaba que a nivel político internacional se vacilase entre una neutralidad con simpatías republicanas y un visto bueno al anticomunismo nacionalista y su apoyo germano-italiano.

El fascismo tuvo una existencia larga, ya que estuvo prácticamente veinte años en el poder. Tuvo un impacto muy importante por ser la primera alternativa totalitaria al comunismo y por centrarse en una fuerte corriente europea que había quedado huérfana pocos años antes, con la caída de Alemania en la guerra: el nacionalismo.

La era de mayor auge de los sistemas fascistas-nacionalistas quedó enterrada por la Segunda Guerra Mundial y la posterior Guerra Fría. Se trata de las décadas de los 1930s y 1940s, sobre todo pero no exclusivamente en Europa. En el período previo al estallido de la guerra en Europa oriental en 1941, países como Polonia, Eslovaquia, Hungría y Rumania estaban gobernados por regímenes claramente inspirados en sus antecesores italiano y alemán. En particular destacaban por su militarismo, su nacionalismo étnico cerrado, su asociación con las fuerzas religiosas conservadoras de mayor poder y su inevitable antisemitismo y anticomunismo. Todos estos regímenes fueron barridos en el período de la guerra, y tras el fin de esta en 1945 serían sustituidos por sistemas comunistas.

Christopher Hitchens, quien inevitablemente eleva el factor conservador y anticomunista católico como el disparador del nacionalismo fascista, aporta una lista de los regímenes y movimientos de aquella época que entrarían en esta categoría: el ya mencionado de Francisco Franco en España, el del Almirante Horthy en Hungría, el del Padre Tiso en Eslovaquia, el régimen de Vichy en Francia y los Blue Shirts de Irlanda.

En este período también surgen regímenes nacionalistas que se suelen vincular con el fascismo en España –tras una feroz guerra civil- y en Portugal. Simultáneamente, estos hechos inspiraron a figuras y movimientos fascistas-nacionalistas en otros lugares del mundo.

⁶⁹ JOHNSON, op. cit.

⁷⁰ Es decir, una suerte de arrepentimiento informal entre los ganadores de la Gran Guerra por las condiciones de rendición de países como Alemania e Italia y, sobre todo, por lo que se interpretaba como una reacción vengativa a ese hecho manifestada en el fascismo y el nacionalsocialismo.

Los dictadores de Brasil y Argentina de esos años y los siguientes, Gétulio Vargas y Juan Perón, tuvieron conexiones abiertas con el fascismo italiano e incluso con el nacionalsocialismo. El régimen militar-imperial japonés, que se haría con el poder a partir de 1931 y que posteriormente lanzaría una guerra en toda Asia Oriental y el Pacífico, se organizaría tanto política como económicamente según parámetros similares. Jiang Jieshi, el líder más poderoso de China durante el largo período de inestabilidad, conflicto civil y guerra con Japón⁷¹, mostraría también afinidades ideológicas con el fascismo. De todos estos regímenes, apenas el de Francisco Franco en España y el militar de Japón alcanzaron momentos asimilables al totalitarismo, pero en ningún caso respondieron –como en el paradigmático caso alemán- a un movimiento partidario e ideológico unificado y altamente adoctrinado. Esto vuelve difícil su caracterización como totalitarios.

Resta por discutir el más importante de estos regímenes nacionalistas europeos. Sin embargo, antes de hacerlo no puede dejarse de mencionar un tema epistemológico. Para Hannah Arendt, al igual que para otros, el régimen fascista no era totalitario. Uno de los principales argumentos que utiliza para apoyar esa afirmación es “el número sorprendentemente pequeño y las sentencias relativamente suaves impuestas a los acusados de delitos políticos”.⁷² Curiosamente, los nacionalsocialistas alemanes y los comunistas soviéticos coincidían en separar al fascismo de sus propios regímenes. En el mismo pasaje la propia Arendt cita a Göbbels diciendo: “el fascismo es sólo algo superficial”. Heinrich Himmler dijo que “El fascismo y el nacionalsocialismo son dos cosas fundamentalmente diferentes (...) no existe en absoluto comparación posible entre el fascismo y el nacionalsocialismo como movimientos espirituales e ideológicos”.

Independientemente de los méritos de esta calificación, el fascismo está tan intrínsecamente vinculado al totalitarismo que no puede dejar de estudiarse. El régimen alemán, en cambio, no deja lugar a dudas y constituye junto con el soviético el caso más importante de todos.

El nacionalsocialismo

Winston Spencer Churchill dijo antes de la Segunda Guerra Mundial que “Of all the tyrannies in history, the Bolshevik tyranny is the worst, the most destructive, the most degrading (...) Bolsheviks hop and caper like troops of ferocious baboons amid the ruins of cities and the corpses of their victims (...) [El régimen ruso era] an animal form of barbarism, [perpetuated through] bloody and wholesale butcheries and murders, carried out by Chinese-style executions and armoured cars”.⁷³

Esa opinión, bastante extendida en Occidente, se alteraría sólo por la llegada de otro régimen totalitario cuyo desempeño en los adjetivos empleados por Churchill sería igual o mayor.

El régimen nazi es tristemente uno de los más conocidos de toda la historia, y seguramente el más conocido dentro de los totalitarismos. Las imágenes, recuerdos e ideas que lo rodean

⁷¹ Es decir, durante las décadas de 1920, 30 y 40

⁷² ARENDT, op. cit., p. 486

⁷³ JOHNSON, Paul. 2009. Churchill. New York. Viking Adult, p. 79

forman parte de un acervo cultural prácticamente universal.⁷⁴ Por lo tanto, al ser tan conocido será posible saltar algunos de los datos informativos básicos que hay que establecer al introducir el caso.

El término nazi es una abreviación, de la propia época, de nacional socialismo. Sería el mismo término que emplearía el partido único que implementaría esta ideología, cuyo nombre completo sería Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes⁷⁵ (o NSDAP, por su sigla en alemán). Resulta útil recordar el nombre completo para notar las raíces heterodoxas del movimiento – algo que lo diferencia claramente del bolchevismo y su rigidez teológica. A pesar de que el nacionalsocialismo agrediría ferozmente tanto a las variantes del “socialismo” como a los movimientos obreros organizados de forma independiente, esos términos permanecerían en su nombre hasta el final.

En la visión del nacional socialismo, el liberalismo y sus derivados –la democracia y el capitalismo entre ellos- son grotescas deformaciones respecto al curso adecuado de la historia. Todas serían producto de la actuación de la “burguesía” y el judaísmo. Según esta perspectiva, la continuidad cultural alemana que se originaba en la Edad Oscura –con la superación gótica del imperialismo latino-⁷⁶, continuaba en la Edad Media⁷⁷ y finalmente la era contemporánea, se vio interrumpida por la influencia de la “civilización”.

La civilización, producto de la sofisticación británica, francesa, intelectual, judía, burguesa y de clase media, sería un proceso de adormecimiento de los instintos naturales del ciudadano medio alemán: su transformación involuntaria en algo que no pretendía ser. Según la perspectiva nazi, los falsos frutos del liberalismo no tienen otro objetivo que sumergir a las personas en una civilización internacionalista que no respeta los códigos más básicos de tradición, nación y cultura.

El análisis que hace el nacional socialismo es entonces colectivista en el sentido de que su objeto de preocupación es un concepto multitudinario: la nación alemana. Más aún, tiene orígenes socialistas porque su crítica al liberalismo reside en su supuesta falta de solidaridad grupal. En este caso, sin embargo, lo que buscarían destruir los liberales sería la solidaridad nacional y no la clasista. La influencia del leninismo y del fascismo como métodos de organización de las masas serían fuentes muy útiles de demostración de fuerza en los inicios del nazismo. Sin embargo, desde el punto de vista ideológico, mientras que Lenin hablaba de un determinismo histórico clasista –el triunfo inevitable de los proletarios-, el nazismo concebía algo mucho más visual: un determinismo biológico. Su motor de la historia era la lucha de razas, y el papel de la “raza aria” era el que más le interesaba.

⁷⁴ Vale la pena recordar que en algunos lugares del mundo todavía no se conoce o no se entiende el impacto del nacionalsocialismo como ocurre en el mundo occidental. Considérese el caso del uso superficial y comercial de las esvásticas y la imagen de Adolf Hitler en ciertos países de Asia Oriental, en casos en que no se verificó intencionalidad ideológica alguna.

⁷⁵ En alemán, Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei.

⁷⁶ Es decir, el triunfo de una sociedad germánica “pura” sobre un imperio corrupto, decadente y cosmopolita, según la visión nacionalista alemana.

⁷⁷ Con la exitosa construcción de un Sacro Imperio Romano Germánico que alcanzó niveles de estabilidad y prosperidad superiores a varios países cercanos, como Inglaterra, Francia y España.

Adolf Hitler, la figura primaria del nacionalsocialismo, demostró un gran talento organizativo y sincrético. Como explica Johnson, logró combinar la organización de un partido obrero posbélico, algo común en las urbes europeas desde hacía mucho tiempo, con bandas de veteranos de la guerra que servirían de figuras de choque contra otras fuerzas políticas. En su discurso uniría las consecuencias negativas de la guerra para Alemania, los reclamos inmediatos de sus seguidores urbanos y la necesidad de un culpable genérico como eran, inevitablemente, los judíos. Sin embargo, Hitler fue el primer político de cierto éxito que elevó la amenaza más allá de lo político, económico y social. En su discurso, el asedio era también biológico.⁷⁸

Un rasgo particular del nacionalsocialismo que rescata Henry Kissinger es el de su sensación de urgencia a la hora de actuar. A diferencia del comunismo, que tenía densas elaboraciones teóricas sobre la inevitabilidad histórica del triunfo del proletariado, Hitler “had convinced himself –and, what is more significant, his entourage- that, because his faculties were so unique, all his goals had to be accomplished in his own lifetime. Since (...) he had estimated that his life would be relatively short, he (...) pushed forward according to a timetable established by his assessment of his physical powers.”⁷⁹

Los nazis entonces concebían a un país donde el liderazgo partidario, siempre siguiendo el modelo leninista, construiría un sistema estatista de unión nacional, con la exclusión específica de ciertos grupos y que tomaba mucho del fascismo en su organización de la economía. También concebían una sociedad organizada en corporaciones, incluso antes de llegar al poder. Ya en los 1920s existían la Hitler-Jugend⁸⁰, la Liga de Médicos Nazis, la Asociación de Maestros Nazis y así sucesivamente. A nivel del estado, en las primeras ocho semanas de gobierno durante 1933 el partido se deshizo de todos los demás. Para 1938 todo el estado se había “nazificado”.

Siguiendo con la ideología del NSDAP, un factor de permanente mención en su discurso fue una hostilidad feroz al bolchevismo o comunismo. Esto se debió a que ese sistema ideológico representaba muchas variantes de lo que los nacional socialistas odiaban:

- Era una ideología modernista y destructora del pasado. Los nacionalsocialistas, por el contrario, siempre resaltaron y reivindicaron el pasado de la nación germánica.
- Era una ideología asociada con las etnias eslava y judía – dos enemigos preferidos del nacional socialismo.
- Era destructora de la propiedad privada e instituciones culturales básicas como la familia o la Iglesia. Los nacional socialistas querían cooptar a la economía y la cultura, no destruirlas.

Para Hitler y los nacionalsocialistas era perfectamente razonable sostener que tanto el bolchevismo o comunismo por un lado y el capitalismo o plutocracia por el otro eran

⁷⁸ En el segundo tomo de su obra sobre el totalitarismo, Hannah Arendt rescata al pionero racista del siglo XIX Arthur de Gobineau, a quien cita diciendo claramente que “la decadencia de las civilizaciones es debida a la degeneración de la raza y la decadencia de la raza es debida a la mezcla de sangres”. Estos conceptos fueron tomados directamente por los nacionalsocialistas alemanes. Ver ARENDT, op. cit.

⁷⁹ KISSINGER, op. cit., p. 290

⁸⁰ Juventudes Hitlerianas, una milicia para adolescentes seguidores del líder nacionalsocialista.

conspiraciones judías. Friedländer aporta una de las explicaciones de este malabarismo intelectual: el éxito de judíos individuales en cualquiera de esos campos económicos o ideológicos se transformaba en algo extensible a todo su grupo étnico. Por ejemplo, en un discurso en junio de 1941, lanzando la guerra contra la URSS, Hitler dijo que “Now the hour has struck for the necessary counteraction against this plot of Jewish-Anglo-Saxon instigators of the war and the Jewish leaders of the Bolshevik headquarters in Moscow.”⁸¹ Según Friedländer, el *Führer* daba a sus acólitos “a detailed analysis of the Jewish clique surrounding Roosevelt and exploiting the American people”⁸² y denunciaba al “Jewish-democratic world enemy”.⁸³

En sus instrucciones propagandísticas a Joseph Göbbels, Hitler directamente decía: “Our propaganda line is clear (...) We must continue to expose the cooperation between Bolshevism and plutocracy and now increasingly stress the Jewish aspect of this common front (...) Plutocracy and Bolshevism have an identical starting point: the Jewish striving for world domination”.⁸⁴ Incluso llegó a sostener que Franklin Delano Roosevelt era judío, algo que probablemente Hitler deseaba creer para que su mundo ideológico se mantuviese ordenado. Similarmente, Heinrich Himmler –quien coleccionaba esqueletos de “especímenes judeobolcheviques” para sus actividades pseudo-antropológicas-, estaba obsesionado con el origen supuestamente “mongol” de Stalin.

En su discurso final de 1941, tras tres meses de repetidas menciones de la “exterminación de los judíos”, Hitler directamente cristalizó una “Jewish-capitalist-Bolshevik world conspiracy”.⁸⁵ En otras palabras, no caben dudas de que el convencimiento ideológico del liderazgo nacionalsocialista era suficientemente profundo como para que se tejiesen estas realidades alternativas.

Hitler advertía que “El judío no erradicará a las naciones europeas, sino que será la víctima de su propio ataque”.⁸⁶ A sus oficiales militares les justificaba así lo que ocurría: “You could naturally say: Yes [the Jews are a problem], but could you not have done it more simply, since everything else would have been more complicated – but more humanely? Gentlemen, we are in a life-or-death struggle. If our opponents are victorious in this struggle, the German people will be eradicated. Bolshevism would slaughter millions and millions and millions of our intellectuals (...) This entire bestiality has been organized by the Jews.”⁸⁷ En resumen, y en palabras de Friedländer, el antisemitismo era el “mobilizing myth of the regime”.⁸⁸

De esta manera es que puede describirse al nacionalsocialismo como una ideología totalitaria, que tomó su organización del leninismo y su variante del totalitarismo del fascismo, y le agregó sus propios componentes. El odio racial, específicamente a los judíos, fue sin dudas el más destacado. Otro hecho remarcable y casi único al nacionalsocialismo

⁸¹ FRIEDLÄNDER, Saul. 2008. *The Years of Extermination*. New York. Harper Perennial, p. 202

⁸² Ídem, p. 203

⁸³ Ídem, p. 18

⁸⁴ Ídem, p. 204

⁸⁵ Ídem, p. 281

⁸⁶ Ídem, op. cit.

⁸⁷ Ídem, p. 605

⁸⁸ Ídem, p. 288

fue “Mein Kampf”, el gran tomo bíblico de difusión masiva que no tuvieron ni Lenin, ni Stalin ni Mussolini.

Mein Kampf era la explicación de Hitler al mundo del porqué de toda su persona. No era solamente su manifiesto político como líder de un partido bávaro: era la explicación de por qué su vida misma estaba dedicada a la causa del nacional socialismo alemán, a la lucha contra los judíos, los bolcheviques y los europeos “civilizados”. En ese libro se explica, por ejemplo y para consumo ávido de los alemanes de los 1920s, el fracaso de la Gran Guerra: “(...) si pasamos revista a todas las causas del desastre alemán, advertiremos que la causa final y decisiva habrá de verse en el hecho de haber omitido comprender el problema racial y, en particular, la amenaza judía. Los reveses sufridos en el campo de batalla en 1918 habrían podido soportarse con toda facilidad. No fueron ellos los que nos vencieron: lo que nos venció fue la fuerza que preparó el terreno para estos reveses (...) La pérdida de la pureza racial frustra por siempre el destino de una raza (...)”⁸⁹

En el mismo libro Hitler expone las bases teóricas –que por cierto son sorprendentemente endebles- de su oposición a la democracia. Apenas se entrevé un nuevo sistema político: “No podemos aguardar hasta que los actuales partidos, que extraen provecho del Estado en la forma en que éste se halla hoy organizado, muden de actitud por propia iniciativa. Esto es tanto menos posible cuanto que sus verdaderos jefes son judíos y nada más que judíos (...) Si hubiera de realizar una tentativa para llevar a cabo el ideal de un Estado nacional, necesitaremos hacer caso omiso de las fuerzas que influyen actualmente en la vida del pueblo y salir en busca de otra fuerza, osada y capaz de afrontar la lucha por aquel ideal.”⁹⁰ Hitler retoma de hecho el concepto de ideología, que él llama “teoría del mundo”, y la define de esta manera: “Los partidos políticos se hallan siempre dispuestos a transar; una teoría del mundo jamás lo está. Los partidos políticos pactan con sus contrincantes; las teorías del mundo proclaman su propia infalibilidad”.⁹¹

Respecto a cómo se conformará el partido de vanguardia, el texto parece hacer que Lenin rescite en la pluma de Hitler, quien explica así cómo debe funcionar este aparato: “De poco serviría un ejército en que todos sus componentes fueran generales, y nada mejor sería un movimiento político destinado a defender una teoría del mundo, si la formase una simple colección de individuales. No, también necesita al lidiador primitivo, pues sin él no podría existir la disciplina interna (...) Una organización como la nuestra no podría sostenerse en pie a menos que no contase con dirigentes de elevado intelecto servidos por una legión numerosa de individuos inspirados en el sentimiento”.⁹²

El Tercer Reich

El régimen que construyeron Hitler y sus seguidores fue muy ilustrativo de los distintos componentes del totalitarismo. Tuvo orígenes electorales, aunque simultáneamente fue uno de los principales agentes de desestabilización de la democracia alemana. Poseía y utilizaba milicias urbanas como la SA que intimidaban a la población y a sus rivales en plena época de convivencia democrática – las mismas que serían purgadas una vez en el poder.

⁸⁹ HITLER, Adolf. 1920. *Mi lucha*. España. Altorrey, p. 112

⁹⁰ Ídem, p. 157

⁹¹ Ídem, p. 158

⁹² Ídem, p. 159

Rápidamente se orquestó un sistema político con las mismas características de los dos sistemas ya vistos. La organización política estaba conformada por una pirámide con un lugar exclusivo para el gran líder⁹³ en la cima, y luego capas progresivamente menos importantes según categorías: los integrantes de la policía secreta, los mejores amigos y asesores del gran líder, los compañeros originales de los inicios del movimiento golpista, los militares, los miembros del partido y luego la población en general. La policía secreta se ocuparía de mantener el orden y espiar a todos los demás, incluso a los militares y al partido. De hecho, habría varias agencias de la policía secreta, de modo que se espiasen también entre sí y no acumulasen demasiado poder.⁹⁴

El régimen nacional socialista, al igual que el comunista por ejemplo, creía fervientemente en la necesidad de hacerse respetar a través de leyes. Por ello se preocupó por legislar la discriminación y exclusión étnica, las penas de muerte, la eutanasia, la prohibición de expresiones y actividades políticas e incluso tuvo un dilema legal respecto a cómo proceder con la “solución final” a su “problema” judío. Mantuvo registros meticulosos de todas sus actividades, lo cual posteriormente resultaría de enorme utilidad en los juicios que se realizaron a sus altos mandos tras la guerra. En casos en que el régimen persiguió a opositores y “traidores” se esforzó por realizar juicios de alta difusión pública, aunque esto no debe malinterpretarse: el régimen cometió innumerables ejecuciones y crímenes sin documentar.

De hecho, la preocupación de los nazis por la legalidad sirve para observar en mayor detalle cómo el totalitarismo expresó sus convicciones teóricas en hechos prácticos. Por ejemplo, el famoso decreto ejecutivo que siguió al incendio del Reichstag⁹⁵ enumeraba ciertos artículos de la Constitución del Reich que quedaban “...momentáneamente suspendidos. Por consiguiente, los avances sobre la libertad personal, el derecho de libre expresión de la opinión, incluida la libertad de prensa, de asociación y reunión, la vigilancia de las cartas, los telegramas y las comunicaciones telefónicas, los allanamientos de los domicilios y las confiscaciones y las restricciones sobre las propiedades, en adelante quedan autorizados más allá de los límites hasta ahora establecidos de la ley”.⁹⁶ Más allá de la evidente irregularidad del presunto decreto, es llamativa la eficiencia y brusquedad del mismo. Con apenas un par de líneas Alemania dejó de ser un país libre, ya que se suprimieron todas las libertades básicas.

Con consiguientes “leyes” aprobadas en un Reichstag repleto de nacionalsocialistas y vigilado por milicias nazis, se transfirieron las responsabilidades constitucionalistas y legislativas al Ejecutivo. Esta es la razón por la cual se suele decir que la democracia alemana se suicidó: no hubo levantamientos populares contra estos hechos. De todos modos, pronto se abandonarían incluso esta pretensión de legalidad, ya que se asimilarían al

⁹³ En alemán “führer”. Uno de los mandamientos axiomáticos de los militantes nacionalsocialistas sería que “El Führer siempre tiene razón”. Ver ARENDT, op. cit., p. 537

⁹⁴ En el caso alemán coincidieron por lo menos la Geheime Staatspolizei (o GeStapo), el Sicherheitsdienst (que dependía directamente de la SS) y la Abwehr (o inteligencia militar).

⁹⁵ Nombre tanto del edificio como de la institución legislativa alemana, que fue parcialmente destruido en un incendio que los nacionalsocialistas rápidamente asignaron a sus enemigos ideológicos y raciales.

⁹⁶ Orden del Presidente del Reich para la Protección del Pueblo y del Estado. 1933. Gobierno de Alemania. Disponible en Internet en alemán e inglés en:

http://en.wikipedia.org/wiki/Reichstag_Fire_Decree#Text_of_the_decree

Führer y al Estado ejecutivo-legislador-juez en una sola amalgama. Con posterioridad, Adolf Hitler definiría así a su Reich, en términos de categorización política: “Incidentalmente, yo no soy el jefe de un Estado, en el sentido de un dictador o un monarca, sino que soy el jefe del pueblo alemán”.⁹⁷

Vale la pena mencionar que la Alemania nazi no era necesariamente en su funcionamiento un estado corporativista, ya que el enfoque no estaba en el Estado como institución sino en el Führer como encarnación del volk. Por lo tanto, aunque en el ceremonial y el protocolo sí se crearon múltiples instituciones del corporativismo clásico, que se pueden apreciar en la película de propaganda “Triumph des Willens”, no es posible sostener que las corporaciones sectoriales tuviesen poder real. Como dice Johnson, “Hitler no compartía el poder con nadie”.

Sí tenían algo de poder sus subalternos, quienes eran todos altos mandos paramilitares, militares y ministeriales nazis, como Göring, Göbbels, Martin Bormann, Himmler y Rudolf Hess. Igual era su relación con las empresas. Cuando se le preguntó qué haría con el famoso conglomerado Krupp, Hitler dijo: “Por supuesto, lo dejaré en paz. ¿Cree que estoy tan loco como para tratar de destruir la economía de Alemania? (...) Nuestro socialismo cala mucho más hondo. No modifica el orden exterior de las cosas, regula únicamente la relación del hombre con el Estado (...) En esas condiciones, ¿qué importan la propiedad y el ingreso? ¿Por qué necesitamos socializar los bancos y las fábricas? Estamos socializando a la gente”.⁹⁸ Lo que el régimen sí haría sería darles instrucciones precisas de qué y cuánto debían producir, así como controlar sus trabajadores y pronto transformarlos en órganos del Ministerio de Guerra.

De esta manera, el régimen alemán se alejó en varios aspectos del colectivismo soviético y del corporativismo o estatismo estricto del fascismo. Alemania logró volver a ser una potencia económica y militar por múltiples factores. Aunque es cierto que su economía se recuperó en comparación con la de la Gran Depresión y también que era más eficiente que la soviética, en realidad las condiciones de vida en la Alemania nazi –más en épocas de guerra- eran muy humildes. No debe dejar de mencionarse la indiferencia de las democracias liberales como un factor habilitante de este resurgimiento alemán.⁹⁹ Como dijo Göbbels en 1940: “Up to now we have succeeded in leaving the enemy in the dark concerning Germany’s real goals (...) They could have suppressed us (...) In 1933 a French premier ought to have said (and if I had been the French premier I would have said it): The new Reich Chancellor is the man who wrote Mein Kampf (...) This man cannot be tolerated in our vicinity. Either he disappears or we march! But they didn’t do it. They left us alone and let us slip through the risky zone, and we were able to sail around all the dangerous reefs. And when we were done, and well armed, better than they, then they started the war!”¹⁰⁰

La visión final de Hitler, que ha sido motivo de mucho interés y discusión, la enunció el propio dictador personalmente a la cúpula de gobierno en junio de 1941. Recién se acababa

⁹⁷ ARENDT, op. cit., p. 548

⁹⁸ Ídem, op. cit.

⁹⁹ Una cuestión a esta altura muy discutida en el ámbito de las relaciones internacionales.

¹⁰⁰ KISSINGER, op. cit., p. 295

de invadir la Unión Soviética, y el nuevo mundo totalitario nazi concebía que “The Russian campaign would determine Germany’s fate: a great power for all time or annihilation. A leader of Hitler’s stature appeared in history only once in a thousand years; the challenged had to be met by this generation. After the conquest of the European part of the Soviet Union, all the Jews of the Continent would be in German hands: They would be removed from Europe. As for the Slav population, it would have to be reduced by some twenty to thirty million people”.¹⁰¹

El legalismo nacionalsocialista se observaría con particular agudeza en su regulación milimétrica de la sociedad. Un ejemplo clásico es el control nazi de la población judía, que tenía el propósito de atormentarla y, quizá, inducirla a huir del país. Tan sólo en septiembre de 1939 se sucedieron decretos que: confiscaban las radios de los ciudadanos judíos, los obligaba a comprar en tiendas arias, los forzaba a comprar solamente entre las 8 y las 9:30 de la mañana, los obligaba a construirse sus propios refugios antiaéreos separados, les reducía sus raciones alimenticias, les prohibía comprar carne o vegetales por un mes –o chocolate de ahí en adelante–, prohibía citar autores judíos en trabajos académicos excepto si era estrictamente necesario, y con la correspondiente aclaración, y se establecía la culpa según género y etnia en casos de relaciones sexuales –“desgracias raciales”- entre judíos y “arios”. Tiempo después, en plena guerra en 1941, llegaría otra ola de regulaciones. Ahora se prohibía viajar sentados en transporte público si había alemanes parados, se prohibía usar cheques, se ordenaba el arresto de todo alemán “amistoso hacia” un judío y el envío a un campo del judío del caso, se les prohibió vender libros y se les ordenó entregar al Estado máquinas de escribir, bicicletas, binoculares y cámaras.¹⁰²

Respecto a la conducta del régimen hacia la población judía hay poco que se pueda decir que no se conozca ya con cierto detalle. Hitler expresaba su odio hacia ellos desde la década de 1910; en Mein Kampf quedó muy claro que les era violentamente hostil. En uno de sus primeros discursos como Reichskanzler en 1933 amenazó que en caso de que hubiera una guerra mundial como consecuencia del rearme que se anunciaba, Alemania exterminaría a los judíos. Lo mismo afirmó en enero de 1939, a meses de la invasión de Polonia. Lamentablemente, en los primeros cinco años del régimen nacionalsocialista sólo emigró aproximadamente un tercio de los judíos alemanes. La Kristallnacht de 1938 provocó una huida masiva, pero aún hasta bien entrada la guerra muchos judíos alemanes permanecieron en su país.

El lenguaje con el que se hablaba de los judíos hacia el mundo exterior no era propaganda pura. También en sus comunicaciones privadas los nazis veían a los judíos y otros enemigos en términos deprimentes. Por ejemplo, tras una visita de Hitler al ghetto de Kielce, el régimen describió así en una editorial periodística el lugar: “If we had once believed we knew the Jews, we were quickly taught otherwise here (...) The appearance of these human beings is unimaginable (...) Physical repulsion hindered us from carrying out

¹⁰¹ Ídem, p. 138

¹⁰² Ver FRIEDLÄNDER, op. cit., para más detalles: capítulos “September 1939 - May 1940” y “September 1941 - December 1941”

our journalistic research (...) The Jews in Poland are in no way poor, but they live in such inconceivable dirt, in huts in which no vagrant in Germany would spend the night”.¹⁰³

Göbbels, mientras tanto, así hablaba en privado: “These Jews are not human beings anymore (...) The Jew is a waste product. It is a clinical issue more than a social one”.¹⁰⁴

Según Friedländer, el proceso alemán de exterminio de los judíos recorrió varias etapas. La primera, llamada en alemán *volkstumskampf*, consistía de violencia a gran escala y en desorden bajo la consigna de la purga étnica. Es el período en el cual se somete a los judíos de Europa oriental a actos aparentemente aleatorios e irregulares de violencia militar, que oscilaba entre deportaciones, encerramientos en ghettos y masacres masivas.

Este es el período en el cual, particularmente en la Polonia ocupada, se separa a los judíos del resto de la población. El tormento fue tal que a apenas un mes de la invasión de Polonia, los judíos de ese país huían hacia el lado soviético de la frontera, aún a sabiendas del destino que sufrirían en el país de Stalin. Friedländer recoge el testimonio de un diarista de la época: “(...) when the news reached us that the Bolsheviks were coming closer to Warsaw, our joy was limitless (...) Thousands of young people went to Bolshevik Russia on foot (...) They looked upon the Bolsheviks as redeeming Messiahs (...) the Russians plunder one as a citizen and a man, while the Nazis plunder one as a Jew (...) His hatred of the Jews is a psychosis. He flogs and derives pleasure from it. The torment of the victim is a balm for his soul, especially if the victim is a Jew”.¹⁰⁵

Las condiciones que se impusieron a la población judía de Europa oriental en este período funcionaron como prelude de lo que vendría después. Tanto en los ghettos como en los primeros campos de trabajo, la ocupación militar alemana operó bajo las consignas implícitas en la ideología nacionalsocialista desde los 1920s. Un típico informe médico sobre el ghetto de Lublin que cita Friedländer, circa 1940, rezaba: “The barracks are totally unfit to hold so many people. They are dark, filthy and overrun with lice. About thirty percent of the workers have no shoes, pants, or shirts. All of them sleep on the ground, without straw. The roofs leak everywhere (...) and even water is hard to get. The sick lie and sleep together with the healthy”.¹⁰⁶

El grado de violencia antisemita fue en aumento: ante la orden de Stalin de formar guerrillas para combatir a los alemanes y sus aliados, Hitler ordenó una política de exterminación de prácticamente todo lo que se cruzasen sus soldados. Ya desde 1920, en *Mein Kampf*, Hitler había avisado al mundo acerca de sus intenciones para Europa oriental. Por lo menos desde 1937 lo había mencionado ya desde una posición de poder. Por eso, en la víspera del lanzamiento de la “*Unternehmen Barbarossa*”¹⁰⁷ en 1941, Hitler no pudo evitar reconocer esto en una carta a Benito Mussolini: “(...) I again feel spiritually free. The partnership with the Soviet Union (...) was [nevertheless] often very irksome to me, for in some way or other it seemed to me to be a break with my old origin, my concepts, and my

¹⁰³ FRIEDLÄNDER, op. cit., p. 17

¹⁰⁴ Ídem, p. 17

¹⁰⁵ Ídem, p. 45

¹⁰⁶ Ídem, p.155

¹⁰⁷ Operación Barbarossa, la invasión en tres frentes y con varios millones de soldados del territorio soviético.

former obligations. I am happy now to be relieved of these mental agonies”.¹⁰⁸ Meses después, en diciembre del mismo año, Himmler apuntaría lo siguiente como órdenes de Adolf Hitler: “Jewish question / exterminate as partisans”.¹⁰⁹ La orden estaba dada, personalmente por el Führer al jefe de la principal organización del NSDAP, la Schutzstaffel. Himmler, designó a su delfín, Reinhard Heydrich, como el encargado en la práctica. Posteriormente, cuando Heydrich fuera asesinado por guerrilleros checos, la campaña de deportaciones y exterminio tendría el nombre en clave interno Aktion Reinhard.

Esta fue la segunda etapa de la Shoah, la de asesinatos en masa más desorganizados, principalmente con ejecuciones con armas de fuego, que incluyeron grupos de docenas de niños. Aún para esto el nacionalsocialismo tenía una justificación, no tanto teórica sino práctica. Según Himmler, “The question has been asked of us: how is it with the women and children? (...) I did not consider that I had the right to eliminate the men –that is to kill them or have them killed- and to let their children grow up to become the avengers against our own sons and grandsons. The difficult decision had to be taken to have this people disappear from the face of the earth”.¹¹⁰

Esta remoción de poblaciones enteras se realizaría de las formas más crueles. En Babyn Yar, en Kyiv –la misma ciudad que Hitler ordenó reducir a “escombros y cenizas”¹¹¹-, la SS ametralló a treinta mil judíos en un solo día. “The elimination of the Jewish women and children was a matter of urgent necessity, whatever form it took”, sostuvo el Coronel Riedl de la Wehrmacht al pedirle al Einsatzgruppen C de la SS que ejecutase a noventa niños judíos ucranianos.¹¹² En Chelmno¹¹³, según un diarista polaco citado por Friedländer, a veces las madres lograban salvar a sus hijos de las camionetas de exterminio que utilizaba el régimen. Al descubrir eso, “the Germans would Split the heads of the babies on the trees, killing them on the spot”.¹¹⁴

Es en este período que Göring le escribe a Heydrich ordenando la *endlösung* del problema judío en la Europa ocupada por Alemania. Göbbels, por su parte, describió con mucha precisión el plan básico de exterminación nazi: “(...) the Jews are now being deported from the General Government to the East (...) The ghettos of the General Government that are being liberated will now be filled with Jews deported from the Reich and, after a certain time, the same process will take place again”.¹¹⁵

En 1942, en el pico de la Shoah de los campos de exterminio, sería también Göbbels quien daría un famoso discurso en el cual sintetizó la ideología nazi con los planes que tenía para Europa:

¹⁰⁸ BELLAMY, op. cit., p. 155

¹⁰⁹ FRIEDLÄNDER, op. cit., p. 280

¹¹⁰ Ídem, p. 543

¹¹¹ BELLAMY, op. cit., p. 261

¹¹² Ídem, p. 217

¹¹³ El primero de los campos de exterminio alemanes instalados en Polonia durante la guerra.

¹¹⁴ Ídem, p. 318

¹¹⁵ FRIEDLÄNDER, op. cit., p. 334-5; explicar los términos

“Behind the onrushing Soviet divisions we can see the Jewish liquidation squads – behind which loom terror, the spectre of mass starvation and unbridled anarchy in Europe. Here once more international Jewry has been the diabolical ferment of decomposition, cynically gratified at the idea of throwing the world into the deepest disorder and thus engineering the ruin of cultures thousands of years old, cultures with which it never felt anything in common (...) Germany in any case has no intention of bowing to this threat, but means to counter it in time and if necessary with the most complete and radical extermi-[correcting himself] elimination”.¹¹⁶

Mientras tanto, Hitler exponía nuevamente su visión de esta manera: “The Jew must be ousted from Europe. If not, we shall get no European cooperation. He incites everywhere (...) I only say: he [the Jew] must go. If he is destroyed in the process, I can’t help it. I see only one thing: total extermination, if they do not leave voluntarily (...) In the prisoners’ camps many die, because we have been pushed into this situation by the Jews. But what can I do? Why did the Jews start this war?”¹¹⁷

El régimen procuró ocultar algunas de sus huellas: los konzentranziionslager¹¹⁸ estaban ocultos en zonas remotas y boscosas, casi siempre fuera de Alemania. Aunque según Johnson el régimen tenía cerca de novecientos campos de trabajos forzados en todos sus territorios, es bien conocido que solamente pocos serían de exterminio, y cuatro de estos tendrían cámaras de gas. En total y según cifras de Friedländer, de los aproximadamente 8.861.800 judíos bajo dominio directo o indirecto alemán durante el período de la guerra, se asesinaría a 5.933.900 – lo cual equivale a dos tercios.

Los campos de exterminio fueron la pieza central del genocidio nacionalsocialista. Aunque sus características son muy bien conocidas por su impacto cultural, es meritorio repasar algunas de ellas. Nuevamente, la obra de Friedländer provee una cita de inmejorable fuerza explicativa, en este caso del relato de una visita oficial a Treblinka: “I drove there, with an SS driver (...) We could smell it kilometers away (...) we began to see corpses by the [railway] line (...) and as we drove into Treblinka station there were what looked hundreds of them (...) In the station was a train full of Jews, some dead, some still alive (...) [In the camp] The smell was indescribable; the hundreds, no, the thousands of bodies everywhere, decomposing, putrefying. Across the square (...) there were tents and open fires with groups of Ukrainian guards and girls –whores, I found out later, from all over the countryside- weaving drunk, dancing, singing, playing music”.¹¹⁹

Al momento de evacuar los campos ante la llegada del ejército soviético, se hicieron intentos apurados por ocultar la evidencia. A pesar de este esfuerzo por ocultar el gran crimen nacionalsocialista, la endlösung mereció en repetidas ocasiones la atención de los más altos mandos del régimen. Las órdenes eran de darle prioridad a los trenes que transportaban judíos incluso por sobre los que transportaban suministros militares, en plena guerra contra el histórico enemigo comunista. En otras palabras, los dirigentes

¹¹⁶ Ídem, p. 473

¹¹⁷ Ídem, p. 332

¹¹⁸ Campos de concentración, aunque en realidad hubo por lo menos seis campos dedicados exclusivamente al exterminio: Auschwitz-II (Birkenau), Sobibor, Treblinka II, Chelmno, Belzec y Majdanek. El término más adecuado para definirlos es entonces Vernichtungslager.

¹¹⁹ Ídem, p. 432-3

nacionalsocialistas estaban simultáneamente muy convencidos de la prioridad ideológica de su “solución” – pero a la vez, al menos a un nivel instintivo, procuraron ocultar a los ojos de mundo la extensión real de ese plan.

Otros totalitarismos

Ya comentados los regímenes “clásicos”, es meritorio discutir otros que ameritan entrar en la categoría totalitaria, así como algunos que se aproximan a ella. En el siglo XX pueden identificarse tres grandes pilares del totalitarismo. Los primeros dos ya fueron mostrados en este trabajo bajo la forma de sus máximos exponentes.

El comunismo en otros países

El comunismo encarnado en el sistema soviético se dispersó, en el correr del siglo XX, tanto a partidos y movimientos ideológicos del mundo entero como a gobiernos. En el primer caso el resultado fue tanto la aparición de partidos comunistas pacíficos como, con mayor frecuencia, organizaciones terroristas o subversivas vinculadas a los servicios de inteligencia soviéticos.

Así, en países como Colombia, Brasil, Argentina, Uruguay, Irlanda, España, la Alemania Libre, Italia, Turquía, Israel, India, China, Corea, Japón y Sudáfrica se dieron casos documentados de organizaciones violentas apoyadas, financiadas o incluso dirigidas desde Moscú o uno de sus satélites.¹²⁰ En numerosos casos, además de los muertos civiles originados en las acciones de esos grupos, se llegó a dramáticas crisis institucionales vinculadas a las guerrillas y sus enemigos.

Paralela y más relevantemente, el comunismo logró alcanzar el poder en países de todas las regiones del mundo. Los resultados no fueron muy distintos de la Unión Soviética.

Una característica del comunismo fuera de la Unión Soviética fue que, en la casi totalidad de los países en los que se instalaron regímenes de ese tipo, la propia URSS tuvo diversos grados de influencia en su imposición.

La teoría leninista y especialmente la trotskista conciben una dedicación particular a la política internacional, y más específicamente al papel mesiánico del primer régimen comunista en la creación de otros. La idea de que a los trabajadores los une su pertenencia a una clase social y no a diversas naciones no era apenas una construcción teórica, sino un principio activo de política exterior. Esto tuvo consecuencias dramáticas durante los siguientes setenta años, ya que a partir de los 1920s los partidos comunistas y las centrales sindicales de todo el mundo se volvieron agencias soviéticas, a través de sus fuerzas de inteligencia.

Las primeras conquistas se dieron en Europa, donde los partidos comunistas italiano, alemán y francés rápidamente se volvieron funcionales a los intereses soviéticos. Como ya se mencionó, la guerra civil española sirvió como gran catalizador de este fenómeno,

¹²⁰ Una categoría que incluye, entre otros, al Frente Sandinista de Liberación Nacional, a las FARC, el IRA, el FPLP y la OLP palestinos y otros.

cuando las fuerzas republicanas rápidamente quedaron dominadas por el comunismo soviético y sus estrategias.

Sólo la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial le dio a Stalin algo que no había planeado obtener a través de la conquista: enormes extensiones de territorio en Europa oriental.¹²¹ Como explica Lewis Gaddis, Stalin tenía ciertas ventajas para extenderse de esta manera: su país estaba ubicado en la misma región geográfica, era el líder único de su país (por lo cual estaba fuera de discusión otra política que no fuera la suya) y había simpatía residual hacia el comunismo por su destrucción del nacionalsocialismo durante la guerra.

A partir de 1944, a medida que avanzaba el Ejército Rojo también lo hacía el NKVD, y así comenzaron los secuestros y ejecuciones masivas de ciudadanos de otros países. Era, al igual que en Rusia, la forma más eficiente de instalar un régimen comunista. Cualquier posible espía o elemento antisoviético entraba al ciclón del GULAG, lo cual incluía a docenas de miles de civiles húngaros, a personas que simplemente poseían una radio, o a personajes como Raoul Wallenberg.¹²²

A pesar de que en las conversaciones de paz prometió que devolvería a los países de esa región su independencia y autonomía democrática, Stalin consideró que necesitaba mayores defensas contra futuras invasiones similares a la alemana, en estos casos de Estados Unidos, el Reino Unido y sus aliados europeos. De ahí surgió la famosa Cortina de Hierro que encerró durante más de cuatro décadas a Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y los países del Báltico. En el caso de estos últimos directamente se los incorporó a la propia Unión Soviética.

El modelo que se instaló en estos países fue idéntico entre uno y otro, además de dependiente de la URSS, a tal punto que que pasaron a denominarse “satélites” de esta última. El método era siempre el mismo: los partidos comunistas se consolidaban detrás de un gran líder que respondía a Moscú. Se organizaban elecciones fraudulentas, rodeadas de tropas soviéticas y acciones violentas, en las cuales resultaban electos con mayorías los partidos comunistas. Con el paso de los meses se comenzaba a arrestar y purgar a los opositores al régimen, y a imponer constituciones y leyes idénticas a las soviéticas. En tan sólo unos pocos meses las grandes naciones de Europa oriental pasaron a verse como versiones apenas más ricas de la Unión Soviética.

Estos gobiernos no tendrían política exterior ni interior durante las siguientes cuatro décadas, ya que la URSS se ocupó de aliviarles esa carga con sus propias acciones. Además, se volvieron rehenes en una lógica de guerra nuclear a escala continental: cualquier acto hostil de la Unión Soviética podía generar una respuesta occidental en el territorio de estas sociedades cautivas.¹²³

¹²¹ Vale la pena recordar que el gobierno de Stalin representa el mayor paréntesis del expansionismo comunista soviético que, si se lo trata como una excepción, fue un componente permanente de la política exterior del régimen.

¹²² El famoso diplomático sueco quien, a pesar de haber salvado a docenas de miles de judíos húngaros durante la guerra, sería secuestrado y asesinado por el régimen soviético.

¹²³ El resultado de tantas décadas de atraso comunista es todavía palpable en muchas partes de Europa oriental. A la vez es apreciable la forma en que su adopción del liberalismo, la democracia y la integración europeas le están permitiendo a esa región superar el legado soviético.

La siguiente región en la que se instaló el comunismo, también como consecuencia de la guerra, fue Asia Oriental. En el caso de Corea, por ejemplo, el Politburó soviético designó directamente como líder supremo a Kim Il-sung. Por otra parte, Mao Zedong en China tuvo que enfrentarse a un Guomindang que contaba no sólo con el apoyo de Estados Unidos, sino también del propio Stalin.

Estos regímenes calcaron también el modelo de organización estatal del comunismo soviético, aunque pronto introducirían sus propias modificaciones. Además, por orgullos personales y nacionales, pretenderían hacer sus propios aportes teóricos al canon doctrinario comunista: el pensamiento Mao Zedong y la ideología juche de los Kim.¹²⁴

El comunismo se mantendría estable en todos esos países, pero el verdadero inicio del expansionismo soviético en la Guerra Fría llegaría con Nikita Khrushchev y su estrategia de conquista mundial, que lanzó en 1961. Esta es la etapa en la que se multiplican las intervenciones del KGB en América Central, Colombia, Medio Oriente, Viet Nam, Angola y otros lugares.

Una de las incorporaciones más notorias al totalitarismo comunista fue la de Cuba. Este país se destaca por, aún al día de hoy, ser el único de la historia de toda América en poseer un régimen totalitario. Su dictador, Fidel Castro, organizó su sistema según el estalinismo ortodoxo. En efecto, el estado cubano es virtualmente idéntico al soviético en su conformación orgánica, reglas jerárquicas y grado de intrusión en las vidas de las personas.

Castro había comenzado como un militante armado de movimientos político-universitarios, no como un doctrinario comunista. Esos papeles los tendrían su hermano Raúl y Ernesto Guevara, años más adelante. Aunque inicialmente había formado un gobierno de consenso y coalición entre su movimiento y facciones demócratas y socialdemócratas, le tomó dos semanas emitir decretos que concentraban todas las fuerzas militares, de seguridad y paramilitares desmovilizados en su persona por un lado, y por otro uno que le permitía legislar al Ejecutivo. Pronto purgaría a figuras de la importancia del Presidente de la República –cargo que el propio Castro tiempo después- y decretaría una “reforma agraria”. Recién en 1961 se proclamaría comunista públicamente, aunque ya lo había hecho en México a los agentes soviéticos que lo ayudarían.¹²⁵

Como en varios de los regímenes ya mencionados, el cubano impone¹²⁶ estigmas de por vida a familias enteras por haber sido propietarias o terratenientes; practica la homofobia a nivel oficial y permite el acceso a universidades y otras instituciones estatales y económicas sólo si se es “revolucionario”. El trabajo cotidiano está vigilado firmemente, e incluye marchas y reuniones comunistas los sábados y “domingos rojos”. Para aquellos que se desvíen del “camino correcto” se utilizan las “reuniones de crítica” y los “actos de repudio”. Estos últimos consisten de actos de violencia organizados por los servicios represores, en los cuales células comunistas militantes agreden físicamente a la persona – ya sea en la calle o en su hogar.

¹²⁴ Para mayores detalles, en particular del régimen chino, ver BRUM, Pablo y CASTRO, Guzmán. 2009. La formación de la China contemporánea. Montevideo. Universidad ORT Uruguay.

¹²⁵ Ver MONTANER, op. cit. y ANDREW, op. cit.

¹²⁶ Se usa el tiempo presente por el hecho de que este régimen político persiste incambiado respecto al período histórico referido en este trabajo.

En un nivel mayor de castigo existen las Unidades Militares de Ayuda a la Producción, que tienen un papel similar aunque en escala mucho menor al GULAG soviético. A esos campos de trabajos forzados se envía a muchos enemigos del régimen, desde músicos y homosexuales a disidentes y cristianos. Al igual que en los demás sistemas totalitarios basta una sola frase, carta o posesión de un texto “incorrecto” para terminar en los campos. Se suele estimar que el régimen de La Habana ha ejecutado a entre cinco y dieciocho mil personas, y procesado en su sistema represor a un número mucho mayor y desconocido.

Por supuesto que así no es como ilustra la propaganda comunista a Cuba. Basta con considerar lo que decía el escritor uruguayo Eduardo Hughes Galeano en 1971: “(...) la revolución iba convirtiendo en hechos concretos sus promesas de justicia social. Se construyeron ciento setenta hospitales nuevos y otros tantos policlínicos y se hizo gratuita la asistencia médica; se multiplicó por tres la cantidad de estudiantes matriculados a todos los niveles y también la educación se hizo gratuita; las becas benefician hoy a más de trescientos mil niños y jóvenes y se han multiplicado los internados y los círculos infantiles. Gran parte de la población no paga alquiler y ya son gratuitos los servicios de agua, luz, teléfonos, funerales y espectáculos deportivos.”¹²⁷

Ya en esta época, aún un escritor como Galeano debía reconocer que el sistema no funcionaba de forma tan maravillosa. Sin embargo, esa era una razón todavía mayor para responder frontalmente a las críticas: “(...) la revolución está viviendo tiempos duros, difíciles, de transición y de sacrificio. Los propios cubanos han terminado de confirmar que el socialismo se construye con los dientes apretados (...) Hay escasez, es cierto, de diversos productos: en 1970, faltan frutas y heladeras, ropa; las colas, muy frecuentes, no sólo resultan de la desorganización de la distribución. La causa esencial de la escasez es la nueva abundancia de consumidores: ahora el país pertenece a todos. Se trata, por lo tanto, de una escasez de signo inverso a la que padecen los demás países latinoamericanos”.¹²⁸

Por cuestiones de espacio no es posible cubrir más sistemas comunistas totalitarios. Basta decir que en múltiples continentes se han visto expresiones muy extremas de la violencia que buscaba practicar el comunismo en sus múltiples encarnaciones. Una de las más conocidas es la del Khmer Rouge - el Partido Comunista camboyano. La ideología del Khmer Rouge y su líder Pol Pot era aún más extrema que la de Stalin o Mao, y en su preferencia por la violencia era sólo comparable a Lenin o Hitler.

Sin preocuparse por sofisticaciones dialécticas, el Khmer Rouge explicaba que su llegada al poder era un cambio radical de era para el país. Debía haber una “revolución social de carácter total”, en la cual todo lo perteneciente al pasado se consideraría “anatema y tiene que ser destruido”. Como dice Johnson, esto implicaba “desintegrar, mediante el terror y apelando a otros medios, las bases, las estructuras y las fuerzas tradicionales que han plasmado y orientado la vida del individuo [para después] reconstruirlas de acuerdo con las doctrinas del partido, sustituyéndolas con una serie de valores nuevos”.¹²⁹ Esta nebulosa elaboración teórica se tradujo en realidad en la evacuación de la población de las ciudades

¹²⁷ Prólogo de GALEANO, Eduardo. 1971. *Las venas abiertas de América Latina*. Montevideo. Universidad de la República

¹²⁸ Ídem

¹²⁹ JOHNSON, op. cit.

hacia el campo, previo asesinato de las clases medias y élites, para luego exterminar a casi un tercio de la población total en los campos y granjas de trabajo forzado – más de un millón y medio de personas.

Un caso contemporáneo: el totalitarismo y el Islam

Más allá de los paralelos trazados por autores como Hitchens entre algunos sistemas político-religiosos y el totalitarismo del siglo XX, históricamente la teocracia ha sido un sistema de gobierno definido nítidamente. Más específicamente, suele consistir de un esquema de poder basado en el control por parte del clero del aparato estatal y de las interacciones entre los individuos en la sociedad. La legitimidad de las personas que ocupan ese poder proviene de su monopolización del poder interpretativo y representativo de la voluntad divina, así como frecuentemente de su protección de lugares supuestamente sagrados.

En el siglo XX se han observado casos de sistemas de gobierno religioso-totalitarios, sobre todo en el mundo islámico. Mientras que en esas regiones del mundo se mezclaron influencias principalmente nacionalistas y comunistas, sobre todo durante la Guerra Fría, hubo casos también de países que se mantuvieron gobernados por regímenes fuertemente conservadores. La cuestión de si se los puede denominar “totalitarios” varía según el caso, y es discutible sobre todo por su diferenciación de los sistemas ideológico-partidarios vistos antes. Sin embargo, esto no cambia el hecho de que las teocracias islámicas del siglo XX han alcanzado grados de control y aislamiento de sus sociedades virtualmente idénticos a los de los totalitarismos “tradicionales”.

Existen tres casos de importancia a discutir en este tema. El primero es el del régimen de la familia Saud en Arabia, que bajo insistencia de la propia familia se llama “Arabia Saudí”.¹³⁰ El régimen se fundó desde el principio con intenciones teocráticas, ya que su ascenso al poder derivó de la unión de las fuerzas militares de la familia con las de los clérigos wahhabíes.¹³¹ Los aspectos totalitarios del régimen no se encontrarán en su organización política, que responde a una tradicional monarquía absolutista, sino a nivel de la vida cotidiana de sus súbditos. En Arabia ha sido y es absolutamente imposible la expresión o asociación de perspectivas disidentes respecto a la legitimidad de la familia Saud, y en particular de divergencias respecto a la práctica más estricta del Islam coránico. La función de policía secreta la cumple el “Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio”, que vigila de cerca el cumplimiento de los códigos de separación por género, sumisión de la mujer, persecución de las minorías chiitas e “infidel”, de la vestimenta y apariencia personal en general, y así sucesivamente.

En el reino saudí la esclavitud todavía está extendida bajo los muros cerrados de los palacios de la familia real y los complejos habitacionales de las demás familias

¹³⁰ El adjetivo también se aplica –de forma muy cuestionable– hasta a los individuos que son sujetos (no ciudadanos) de ese país: saudíes.

¹³¹ Es decir, los seguidores de las opiniones de Muhammad Ibn Abd-al-Wahhab, un ulema de fines del siglo XVIII.

dominantes.¹³² Son comunes los castigos físicos extremos, incluida la muerte, por ofensas a la shari'a o ley islámica. Finalmente, y sobre todo para el interés de este trabajo, el régimen saudí es el mayor responsable a nivel mundial de la difusión de la ideología jihadista de subversión islámica. Durante buena parte del siglo XX y todo lo transcurrido del actual, el régimen saudí ha utilizado los ingresos que obtiene por las ventas de petróleo para enviar mulás y construir mezquitas wahhabíes en todos los continentes. El resultado es que numerosas organizaciones terroristas, tanto en el propio mundo islámico como en Occidente, se han nutrido de dinero y espacios favorables para el reclutamiento y la difusión de su mensaje. El ataque terrorista del once de septiembre, en el cual quince de los diecinueve jihadistas eran ciudadanos saudíes, fue el punto culminante de esta tendencia.

El siguiente sistema de dimensiones totalitarias de corte islámico es el de la República Islámica de Irán. Bajo la consigna del velayat-e faqih, un principio ideológico-teológico que decreta la supremacía de los clérigos chiitas en todas las esferas de la política y la sociedad, los golpistas iraníes de 1979 alteraron dramáticamente el sistema de gobierno persa.¹³³ La construcción de una capa de gobierno "islámico" por sobre la de la república, encarnada principalmente en el Consejo de Guardianes y la Guardia Revolucionaria Iraní, resultó en la dominación absoluta de la sociedad por la policía secreta de los ayatolás. Como consecuencia de eso, desde entonces se ha implementado estrictamente la shari'a. Más aún, se han extendido enormemente la persecución étnica y sexual, así como la destrucción física de la oposición política.¹³⁴

El régimen iraní ha tenido un impacto exterior incluso mayor. Desde sus propios inicios se ha dedicado a la difusión de una ideología jihadista profundamente antisemita y antiliberal, con particular énfasis en el financiamiento de organizaciones terroristas como la libanesa Hizb Allah y la palestina Hamas. Los tentáculos violentos de este aparato llegaron incluso al Río de la Plata, donde golpearon dos veces.¹³⁵

La tercera variante totalitaria del Islam político observado en el siglo XX es la del régimen talibán en Afganistán, que gobernó ese país durante pocos años en la década de los 1990s hasta 2001. La palabra "talibán" significa "estudiantes", y refiere a la autoproclamación como estudiantes del Qu'ran de los guerrilleros, insurgentes y terroristas que componen el movimiento. Por tratarse de un país significativamente más pobre que Arabia o Irán, la caracterización de Afganistán en el período talibán como totalitaria es incluso más compleja que en esos dos casos. La implementación de la shari'a fue más estricta que en Arabia, pero el alcance del sistema a la economía e incluso regiones enteras del país era dudoso. De hecho, grandes porciones de los integrantes del talibán son analfabetos, por lo

¹³² De hecho, la esclavitud se abolió legalmente recién en los 1970s.

¹³³ Vale la pena destacar que este principio es tan altamente discutido que existen ayatolás de alta importancia dentro del propio Irán que lo han cuestionado públicamente. Esto despeja cualquier duda respecto al carácter faccionario e ideológico del gobierno "revolucionario". Por más información sobre esta disputa ver BAZZI, Mohamad. Khomeini's Long Shadow. 21/6/2010. En: Foreign Affairs [online] [citado 20/7/2010]. Disponible en Internet: <http://www.foreignaffairs.com/print/66411>

¹³⁴ Una práctica reiterada en Irán, ya que el régimen anterior al islámico -la dictadura autocrática del shah-, así como otros que le precedieron, realizaron prácticas similares.

¹³⁵ Ambas en Buenos Aires: la destrucción de la embajada de Israel en 1992 y la de la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina. En total ambos ataques resultaron en las muertes de 114 civiles inocentes.

cual su inclusión en la misma categoría que la SS o el KGB implica estirarla fuera de su definición original.

Más allá de estas cuestiones metodológicas, está fuera de discusión que el impacto del régimen talibán en Afganistán ha sido decisivo. En primer lugar porque mantuvo al país en un estado casi prehistórico durante muchos años¹³⁶, y provocó fuertes pérdidas de vidas y libertades humanas. En segundo lugar porque tuvo un papel facilitador clave en los ataques terroristas del once de septiembre, un hecho cuya importancia histórica no requiere mayor comentario. Por último, porque aún al momento de escribir este trabajo todavía amenaza con retornar al poder en su país – e incluso de hacerlo en uno mucho más importante como es su vecino Pakistán.

Los totalitarismos islámicos merecen y tienen grandes cantidades de estudios dedicados exclusivamente a ese tema.¹³⁷ Para el propósito de este trabajo basta con notar que cumplen con las características de dominar absolutamente a sus sociedades a través de la violencia, de difundir su ideología hacia el extranjero y, particularmente en la actualidad, de entrar en conflicto con otros países, particularmente los que tienen gobiernos democráticos.

¹³⁶ Basta con consultar las estadísticas de esperanza de vida o alfabetización del país, así como leer acerca del grado de precariedad e ignorancia del mundo exterior que es moneda corriente ahí.

¹³⁷ Un área del conocimiento que ha tenido una expansión dramática en los últimos años, y que incluye las obras de Bernard Lewis, Gilles Kepel, Daniel Pipes, Oriana Fallaci, Ayaan Hirsi Ali, Bruce Bawer, Olivier Roy y otros.

Tipología de algunos regímenes mencionados

País	Período	Partido único	Gran líder	Campos de castigos extremos o exterminio	Guerras	Genocidio	Orígenes ideológicos
Unión Soviética	1918 - 1991	X	X	X	X	X	X
Italia	1922 - 1943	X	X		X		
Arabia	1932 -						
Alemania	1933 - 1945	X	X	X	X	X	X
España	1939 - 1975		X				
Corea	1945 -	X	X	X	X		X
Argentina	1946 - 1955		X				
China	1949 -	X	X	X	X	X	X
Cuba	1959 -	X	X	X	X		X
Camboya	1975 - 1979	X	X	X	X	X	X
Irán	1979 -		X		X		X
Afganistán	1996 - 2001		X		X		

Esta tabla muestra una somera comparación entre los distintos regímenes vistos en este documento en base a los grandes componentes del totalitarismo. Esto permite visualizar cuáles son más meritorios de la pertenencia a la categoría totalitaria. Obsérvese en particular la pobre adecuación, a una tipología así entendida, de algunos regímenes islámicos y nacionalistas – aun cuando a nivel individual o cotidiano la vida en esos lugares ha llegado a parecerse a los totalitarismos “tradicionales”.

El prontuario del totalitarismo en el siglo XX

Período	País	Fechas	Categoría	Cantidad de muertos
Golpe bolchevique y guerra civil	Rusia	1917 - 1923	Guerra civil	15.000.000
Holodomor	Ucrania (URSS)	1932-3	Hambruna	4.000.000
GULAG	Unión Soviética	1918 - 1954	Esclavización	3.000.000
Purgas	Unión Soviética	1935-1941	Ejecuciones	1.000.000
Shoah	Alemania	1939 - 1945	Genocidio	5.900.000
Segunda Guerra Mundial	Alemania, Italia, Unión Soviética, Japón	1931 - 1945	Guerra	54.000.000
Corea	Corea, China	1950 - 1953	Guerra	3.000.000
Viet Nam	Viet Nam, China, Unión Soviética	1945 - 1975		5.500.000
Khmer Rouge	Camboya	1975-9	Democidio	1.800.000
Gran Salto Adelante	China	1957 - 1958	Hambruna	30.000.000
Gran Revolución Proletaria Cultural	China	1966 - 1976	Ejecuciones	1.500.000
Cuba	Cuba	1959 -	Ejecuciones	10.000

Esta tabla muestra una aproximación a las cantidades de muertes violentas vinculadas al totalitarismo. Como lo indican las categorías que se incluyen en la cuarta columna, en algunos casos se trata de guerras en las que participaron otros países, por lo cual no todas las muertes de ese caso particular son responsabilidad del régimen totalitario referido.¹³⁸

¹³⁸ Las cifras referentes a Rusia y la Unión Soviética provienen de SERVICE, JOHNSON, BELLAMY y APPLEBAUM. Las de Alemania son de FRIEDLÄNDER. Las de Camboya y Viet Nam fueron tomadas de JOHNSON. Las estadísticas de China provienen del NATIONAL BUREAU OF STATISTICS (2005) del propio gobierno, de BECKER (2002) y de SALISBURY (1993). Los números de Corea fueron tomados de MARTIN (2006). Por último, las estadísticas de Cuba son un estimado de MONTANER.

Conclusiones

En su libro “GULAG”, Anne Applebaum realiza comentarios muy relevantes respecto a las consecuencias culturales de algunos de estos regímenes totalitarios. Sus observaciones comienzan con una incongruencia que no puede escapar a ningún estudioso del tema, referidas al tratamiento distinto que se le da a algunos de estos regímenes en la actualidad: “mientras que el símbolo de un asesinato masivo nos llena de horror, el símbolo de otro asesinato masivo nos hace sonreír (...) para muchas personas los crímenes de Stalin no inspiran la misma reacción visceral que los crímenes de Hitler”.¹³⁹ Applebaum señala varios de los factores que pueden explicar este hecho: la alianza de la Segunda Guerra Mundial, el paso del tiempo, la “falta de información fehaciente” y la falta de más investigaciones académicas son algunas. Destaca uno más: “El acceso a los emplazamientos de los campos estaba prohibido. Ninguna cámara de televisión ha filmado nunca los campos soviéticos ni a las víctimas, como se hizo en Alemania al final de la Segunda Guerra Mundial.” Naturalmente que esto se aplica, incluso en un mayor grado de desinformación, a otros sistemas vistos en este trabajo, como el chino.

Inevitablemente, hay un factor adicional a considerar: el de los defensores militantes de estos regímenes. Tanto a nivel político como académico, es bien sabido que el comunismo retuvo una adhesión mucho mayor que el nacionalsocialismo. De forma satelital también han surgido de esas mismas ramas –antisemitas, antiliberales, anticoloniales- discursos de apoyo y comprensión al totalitarismo islámico. Applebaum dice que “en la década de 1980 todavía había académicos que continuaban hablando de las virtudes del sistema sanitario de la Alemania oriental o de las iniciativas polacas a favor de la paz”. Los paralelos con los actuales éxitos de la propaganda cubana y en algunos casos de la islámica son destacables.

A pesar de las dificultades inherentes a su cercanía cronológica, el siglo XX es considerado ampliamente como el más tempestuoso de la historia humana. Es por lejos el que tuvo mayores cambios, tanto individuales como sociales, para la mayor cantidad de seres humanos. Esto significa que es muy difícil escoger un gran acontecimiento particular como el definitorio del período. Muchos son positivos, aún si son inconclusos: la emancipación política y social de la mujer, la erradicación de la esclavitud, la extensión dramática y generalizada en la esperanza de vida, las múltiples revoluciones tecnológicas, la casi erradicación de las hambrunas como acontecimientos frecuentes, la extensión de la libertad y la democracia a muchas regiones del mundo. También son bien conocidos los negativos: los genocidios, las guerras con tecnología industrial, la polución del medio ambiente entre otros.

La cuestión del totalitarismo es relevante porque es inseparable de los peores momentos del período correspondiente al siglo XX. Como se intentó mostrar en este trabajo, difícilmente puede pensarse en un acontecimiento de importancia en el siglo en el cual no hayan tenido un papel importante los grandes estados totalitarios. La sugerencia de este trabajo es que virtualmente en todos los casos se trata de contribuciones a los acontecimientos negativos y resistencia o indiferencia a los positivos. Esto no responde a una preferencia nominativa,

¹³⁹ APPLEBAUM, op. cit., pp. 23-5. Demás citas del mismo pasaje.

sino a dos hechos fundamentales: la naturaleza misma de los sistemas totalitarios y la evidencia disponible respecto a su desempeño.

Vale la pena citar a Hannah Arendt en un pasaje de su famoso libro:

“El designio totalitario de conquista global y de dominación total ha sido el escape destructivo a todos los callejones sin salida. Su victoria puede coincidir con la destrucción de la Humanidad; donde ha dominado, comenzó por destruir la esencia del hombre”.¹⁴⁰

Bibliografía consultada

ANDREW, Christopher & MITROKHIN, Vasili. 2006. *The World Was Going Our Way*. New York. Basic Books

APPLEBAUM, Anne. 2006. *GULAG*. Barcelona. De Bolsillo

ARENDT, Hannah. 1951. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza

BELLAMY, Chris. 2007. *Absolute War*. London. Pan Publishing

FRIEDLÄNDER, Saul. 2008. *The Years of Extermination*. New York. Harper Perennial

GALEANO, Eduardo. 1971. *Las venas abiertas de América Latina*. Montevideo. Universidad de la República

HITCHENS, Christopher. 2007. *God Is Not Great*. New York. Twelve Editions

HITLER, Adolf. 1920. *Mi lucha*. España. Altorrey

JOHNSON, Paul. 1988. *Tiempos Modernos*. Buenos Aires. Javier Vergara

KISSINGER, Henry. 1994. *Diplomacy*. New York. Simon & Schuster

MONTANER, Carlos Alberto. 1999. *Viaje al corazón de Cuba*. FIRMAS Press

ORWELL, George. 1947. *Nineteen Eighty-four*. New York. Signet

REED, Thomas & STILLMAN, Danny. 2009. *The Nuclear Express*. Minneapolis. Zenith Press

REMNICK, David. 1994. *Lenin's Tomb*. New York. Vintage

SERVICE, Robert. 2008. *Comrades*. London. Pan Publishing

¹⁴⁰ ARENDT, p. 13